

## CAPÍTULO V

### Los juegos de Palacio.

Antes de decir quién era el caballero que se anunció con el nombre de D. Rodrigo de Arias Maldonado, y con el título de Gobernador, conviene que nuestros lectores nos acompañen en una excursión ligera por las dos salas donde estaban colocadas las mesas de juego, á cuyo derredor se encontraban los personajes principales, ya que no los más jóvenes de la reunión.

En la primera sala, contigua á la de la tertulia, estaban el Conde de Calimaya, D. Simón Frens Porté, D. Luis de Gálvez, D. Diego de Padilla, y frente á éste, D. Tomás de Carranza; dos individuos del Cabildo eclesiástico, á saber: el Chantre Dr. D. Melchor de Tafoya y el Tesorero, D. Diego Salazar Monzalve; D. Domingo de Arrivillaga, D. Marcos Dávalos y Rivera, D. Antonio Campuzano, del hábito de Santiago, D. Roque Malla Salcedo, que llevaba la cruz de Alcántara, y otros señores. En la otra pieza, jugaban, con el Adelantado de Filipinas, D. Antonio Justiniano Chávarri, D. Francisco Aguilar de la Cueva, el Alcalde D. Pedro Criado de Castilla, D. Lorenzo de Betancurt, D. Celedonio de Santiago, D. Juan de Roa y Bárcena, D. Antonio de Estrada y Medinilla, D. Pedro de Lara Mogrobejo, D. Martín Guzmán de Alvarado y algunos otros más, de cuyos apellidos apenas se conserva hoy uno que otro, habiéndose

extinguido casi todas esas familias, en el espacio de poco más de doscientos años que han transcurrido desde la época en que pasaron aquellos acontecimientos.

En uno de los extremos de la mesa se veía á un caballero de fisonomía bondadosa y simpática, frente espaciosa y mirada que reflejaba el noble entusiasmo por las bellas artes. Era el capitán D. Antonio de Montúfar, de familia ilustre y rica, pintor por afición, que después de haber hecho un viaje á Italia y España, perfeccionándose en los principios del arte, é inspirándose con el estudio de los grandes modelos, había vuelto á su patria. El capitán Montúfar, de quien da estas y otras noticias el cronista Vázquez, se ocupaba en aquel año 1655, según el mismo autor, en concluir su magnífica colección de grandes cuadros de la pasión del Salvador, que trabajaba gratuitamente para la iglesia del Calvario, donde se colocaron en 1657.

En la mesa en que jugaba el Conde estaba un anciano, junto á otro sujeto de algo menos edad, que advertía á aquél qué clase de carta era la que le tocaba en suerte, como también cuándo ganaba y cuándo perdía. Se jugaba ese antiguo juego de naipes llamado *lansquenete*, que hoy está enteramente en desuso. Uno de los jugadores distribuía las cartas y cada cual ponía sobre la suya, en dinero ó en unas fichas de marfil, la cantidad que quería apostar. Si salía carta igual á la que tenía el que llevaba la mano, perdía y pagaba á todos; si, por el contrario, era carta igual á la que tenía alguno de los otros, ganaba lo que éste hubiese apostado.

¿Por qué aquel anciano jugador tenía necesidad de que se le advirtiese cuándo ganaba y cuándo perdía, en un juego tan sencillo y comprensible como el *lansquenete*? No es difícil adivinarlo. Para saber uno si pierde ó si gana, es necesario ver las cartas, y para ver las cartas, es indispensable estar en posesión del órgano de la vista. Pero por desgracia aquel caballero era ciego, y de ahí la necesidad que tenía de jugar



con lazarillo. El ciego jugaba fuerte. Para aquel hombre, ávido de sensaciones, la incertidumbre natural del azar del juego estaba reagravada con la que le ocasionaba la falta de la vista. El individuo que se sentaba á su lado y que no jugaba, le advertía con exactitud si la suerte se le mostraba adversa ó favorable. Y no era hombre aquel para disimular sus impresiones. La caprichosa fortuna le era decididamente contraria aquella noche, y cada vez que el otro le decía: “perdisteis,” que era muy frecuentemente, el ciego apretaba los puños y rechinaba los dientes, como si cada carta le llevase una porción considerable de su haber.

— Estáis esta noche desgraciado, dijo al anciano D. Diego de Padilla, con una sonrisa en la cual la cortesía disimulaba apenas cierto espíritu burlón.

— Es verdad, contestó el ciego con impaciencia. En menos de tres horas llevo perdidos cerca de quinientos doblones. Pero ¿qué queréis, D. Diego? en el juego, como en todo lo de la vida, es menester que unos pierdan para que otros ganen.

No sabemos si algunos de los jugadores comprendieron la intención maligna que encerraba aquella frase; pero ello es cierto que el anciano Presidente se puso encendido como la grana y se mordió ligeramente los labios. En aquel momento un extraño personaje se acercó á la mesa y colocó ambos brazos cruzados sobre el respaldo de la silla que ocupaba el Conde de Calimaya. Aquella familiaridad no pareció llamar la atención á ninguno de los concurrentes. El recién llegado era un viejecillo de pequeña estatura, cara picada de viruelas, ojos vivos y penetrantes y labios delgados, entreabiertos siempre por una sonrisa burlona. Su traje era de colores muy vivos y de un corte extravagante.

— ¡Ah! ¿Eres tú, D. Dieguillo? dijo el Presidente sin volver la cara, mientras barajaba el naípe. ¿Cómo no juegas esta noche?



— Así, contestó el viejecillo, como lo ves, Conde, no jugando. Veo que está aquí D. Tomás de Carranza, y donde él se halla, es necesario hacer pacto con el diablo, si se quiere ganar un solo albur.

— Pues si así hubiese de ganarse, dijo el ciego, era yo capaz de hacerlo, pues de otro modo, temo que voy á dejar aquí hasta el pellejo.

— ¡ Oh! Vos no tenéis necesidad de eso, caballero, contestó el D. Dieguillo. Más bien que con el diablo, haced pacto con el Señor de Esquipulas; ofrecedle alguna cosa, una cadena de oro, por ejemplo, y que me claven en la frente la carta con que volváis á perder.

Al oír aquellas palabras, el anciano, á quien sin duda han conocido ya nuestros lectores, saltó sobre su silla como si le hubiese mordido una víbora, y pálido de coraje, parecía querer buscar con los ojos al insolente que había tocado así la fibra más delicada de su corazón. Pero aquellos ojos, claros y sin expresión alguna, estaban completamente muertos y parados servían ya al desventurado Palomeque.

Los circunstantes guardaron profundo silencio, y Gonzalo Méndez, que era el que se hallaba colocado al lado de su amo, y á quien se permitía alternar con aquellos caballeros, únicamente porque sin él no habría concurrido Palomeque al juego, tiró con disimulo á su señor de la capa y le dijo en voz muy baja :

— Calma, señor, calma; las cosas cambiarán.

Entretanto el Presidente, que no había parecido escuchar las palabras pronunciadas por el administrador, dijo al anciano :

— No hagáis aprecio, señor D. Juan, de las extravagancias de este loco.

Y volviéndose á D. Dieguillo, añadió :

— Y vos, truhán, reportaos, si no queréis ir á dormir esta noche á donde no tendréis con quien lucir vuestras bufonadas.



Don Dieguillo se escurrió inmediatamente y fué á agazaparse en un rincón de la sala, gruñendo como un perro á quien se hubiese pisado el rabo.

Por lo demás, la observación hecha al principio por aquel personaje, que, á título de loco, tenía facultad de decir cuanto se le venía á la cabeza, era muy exacta. Con excepción de uno que otro albur de poca importancia, casi siempre ganada Don Tomás de Carranza, ó alguno de los individuos de su numerosa familia, que estaban presentes. Don Diego de Padilla y los suyos perdían gruesas sumas, pero no parecían dar importancia alguna á aquellas pérdidas.

— ¿Sabéis, señor Doctor, preguntó el Presidente al canónigo Tafoya, quién inventó el lansquenete?

— ¡Oh! el lansquenete es muy antiguo, contestó el Chantre, á quien le pareció de perlas aquella oportunidad para lucir su erudición. Como lo sabéis muy bien, se llama lansquenetes á los soldados de infantería en Alemania. En su origen los lansquenetes eran una especie de pajes ó criados de á pie, que seguían á los caballeros en las guerras é iban armados con picas. Más tarde se organizaron en cuerpos de tropas y varios monarcas de Europa los tomaron á su servicio...

— Pero el juego, interrumpió Carranza con alguna brusquedad; el juego es lo que se os pregunta quién lo inventó:

— *Festina lente*, señor don Tomás, *festina lente*, replicó Tafoya. Si nos separamos de las reglas de la dialéctica, somos perdidos. Los naipes remontan á la más alta antigüedad. Según el historiador Polydoro Virgilio, los lydios, habitantes de una provincia del Asia menor, inventaron un juego de tabletas con figuras pintadas, *tabulæ sigillatæ*, durante una horrorosa carestía de víveres que experimentaron, y con aquella distracción casi no sintieron los desastrosos efectos del hambre...

— Por eso es, sin duda, que los jugadores, interrumpió uno de los caballeros, nos pasamos hasta hoy en claro los días y las noches sin probar bocado.



— Precisamente, dijo el Chantre; pero volviendo al origen de los naipes, la opinión más acreditada es que vienen del oriente, y hay autor, muy erudito, que atribuye su invención á los egipcios.

— Pues yo, dijo á la sazón D. Juan de Palomeque, apostaría cuatro de las mejores mulas que tengo en el camino del golfo y diez fanegas de harina de mis molinos de Mixco, á que los inventores de este maldito juego no fueron los egipcios, ni los moros, ni esos otros que ha mentado el padre, sino los judíos. Sólo á éstos les podía haber ocurrido la idea diabólica de apoderarse, á título de diversión, de lo ajeno, contra la voluntad de su dueño.

— *Nego majorem*, señor don Juan, replicó el Chantre, dando una palmada sobre la mesa y preparándose á argüir en toda forma silogística; pero no pudo proseguir, porque los otros jugadores celebraron con ruidosas carcajadas la ocurrencia del malhumorado Palomeque.

En la otra sala la suerte se mostraba igualmente adversa á los Padillas, que perdieron aquella noche una suma considerable. Por último, á eso de la una de la madrugada, se dispuso terminar el juego y se presentó el mayordomo de Palacio con un gran libro forrado de terciopelo verde, con broches de plata, en el cual fueron asentando, de su puño y letra, todos los que habían perdido, las cantidades que quedaban debiendo, pues generalmente jugaban al crédito, y por medio de fichas que representaban diferentes valores.

Levantáronse los jugadores para retirarse. Palomeque se apoyó en el brazo de Gonzalo Méndez, que desvió á un lado la silla que ocupaba su amo. Dió éste dos pasos hacia atrás, y tropezando con un bulto que estaba tendido en el suelo, vaciló, no pudo guardar el equilibrio y cayó de espaldas sobre el objeto que ahí estaba atravesado. El anciano lanzó mil imprecaciones y juramentos, y el bulto se levantó dando gritos y haciendo contorsiones. Era D. Dieguillo, que se había ido arrastrando



poco á poco, desde el rincón de la sala, hasta situarse, fingiéndose dormido, detrás de D. Juan. Cuando éste, á quien ayudó á levantar Gonzalo, volvió la espalda, maldiciendo al loco, D. Dieguillo dejó de llorar é hizo un gesto al ciego, que salió de la sala muy mohino, apoyado en el brazo de su administrador.

---



## CAPÍTULO VI

### **Donde verá el lector curioso quién era Don Rodrigo de Arias.**

En la costa del mediterráneo hay una ciudad, perteneciente á la provincia de Málaga, y poco distante de la de este nombre, que se llama Marbella y es de muy antigua fundación. En aquella ciudad vivía, á mediados del siglo XVII, la ilustre familia de los Arias Maldonado, emparentada con los duques de Alba y con los condes-duques de Benavente. Don Rodrigo, á quien tenemos ahora, en el año 1655, en el palacio de los Presidentes de Guatemala, era hijo de D. Andrés de Arias Maldonado y de Dña. Melchora de Góngora, y manifestó desde su tierna edad decidida inclinación á la carrera de las armas, á que le llamaban la nobleza de su origen y los ejemplos de su ilustre padre, que había prestado ya importantísimos servicios á su rey. Diez y nueve años de edad contaba solamente D. Rodrigo cuando fué promovido D. Andrés al empleo importante de Gobernador y Teniente de Capitán general de la provincia de Costa-Rica. Al venir á posesionarse de aquellos empleos, D. Andrés se trajo consigo á su hijo, quien obtenía ya el grado de alférez. Contando con bienes de fortuna considerables y sintiendo hervir en su pecho el noble anhelo de distinguirse, D. Rodrigo levantó á su costa una compañía de soldados, de la que fué nombrado capitán. Empezó y llevó á término feliz, á fuerza de impropio trabajo,

el establecimiento de un puerto en la costa del norte de aquella provincia, servicio importante que premió el monarca, concediendo á aquel animoso joven el empleo de corregidor de Turrialba, cuando aun vivía su padre. Habiendo éste enfermado y muerto á poco tiempo, el rey consideró que nadietenía mejores títulos y más indisputable derecho al puesto vacante y le nombró para que lo desempeñase, encontrándose así Don Rodrigo Gobernador de provincia y Teniente de Capitán general á la temprana edad de veintidós años.

El genio altivo y emprendedor que inflamaba el alma de aquel joven, le indujo á intentar una empresa heroica que había de ser célebre en los anales del país. Tal fué la conquista de la Talamanca, comarca poblada de indios montaraces, que permanecían, hacía más de cincuenta años, en rebelión abierta contra las autoridades españolas. Con un pequeño cuerpo de tropas de ciento diez hombres, el Gobernador ocupó aquel territorio y venció los inmensos ejércitos de los salvajes, á quienes, después de reñidas y peligrosas batallas, dominó completamente. Don Rodrigo fundó poblaciones, levantó templos y llevó misioneros que esparcieron entre aquellos idólatras la fecunda semilla del Evangelio. No menos notable que el pensamiento elevado de aquel joven guerrero, y que el valor heroico con que lo puso en ejecución, fué su desinterés y liberalidad, pues sufragó de su propio peculio los gastos de toda aquella expedición, invirtiendo en ella más de sesenta mil pesos.

Terminado el tiempo de su gobierno en Costa-Rica, Don Rodrigo de Arias se dirigió á la capital del reino, donde llamó extraordinariamente la atención. La noticia de sus hazañas en la Talamanca, su juventud, pues apenas contaba veintisiete años, su porte caballeresco, la elegancia de su figura y traje, la liberalidad con que derramaba el oro, y más que todo, su espíritu aventurero y galañte, hicieron de D. Rodrigo, á quien por cortesía continuaba llamándose *el Gobernador*, el



hombre á la moda, el modelo de los jóvenes señores y el favorito de las damas.

Hechas estas explicaciones, nadie extrañará, sin duda, la sensación que causó en el estrado de la esposa del Adelantado de Filipinas la aparición de D. Rodrigo, en la noche en que se abrieron las tertulias de palacio, cerradas durante las funciones de la Semana santa.

Don Rodrigo saludó á Dña. Elvira con cortesana amabilidad y tendió la mano con desembarazada franqueza al hijo del Adelantado, á D. César de Carranza y á D. Fadrique de Guzmán. Los dos últimos estrecharon con efusión la mano del valiente joven; pero D. García, sin faltar en lo más pequeño á lo que exigía la urbanidad, hizo un saludo tan cortés como frío á D. Rodrigo.

— Algo habéis tardado esta noche, D. Rodrigo, dijo Doña Elvira, sin fijar los ojos en el Gobernador, y alguien os echaba de menos ya en la tertulia.

Al decir esto, la esposa del Adelantado dirigió una mirada furtiva, pero profundamente indagadora, á una joven morena, de ojos y cabellos negros, que ocupaba un taburete á poca distancia de la señora de la casa. Llamábase aquella joven Dña Guiomar de Escalante, y era hija de uno de los letrados que componían la real Audiencia.

— Es mucha fortuna la mía, bella Dña. Elvira, contestó Don Rodrigo con galantería, que haya quien se digne acordarse de mí, en una tertulia en la cual se halla reunido lo más florido que encierra esta ilustre capital, por la cuna, por la belleza, por el valor y por el ingenio. Pero no me es difícil adivinar quién es el que advertía mi ausencia.

— Pues yo me atrevería á apostar á que no lo acertáis, Don Rodrigo, contestó Dña. Elvira, ruborizándose.

— Señora, dijo el Gobernador, perdonad si os contradigo; pero no creo engañarme; y tomando la mano de D. García, añadió:



— No diréis que me equivoco, si aseguro que es mi amigo Altamirano el *único* que aquí ha extrañado mi ausencia.

Por la manera en que D. Rodrigo acentuó la palabra que hemos subrayado, pudo advertirse que ella encerraba algún sentido particular, que se escapó á todos los circunstantes, menos tal vez á D. García y á su madrastra.

— Efectivamente, contestó el hijo del Adelantado con tristeza. No puedo ocultar que notaba vuestra tardanza. Nos hacéis la honra de ser siempre tan puntual en nuestras reuniones desde que estáis en Guatemala, que nos habéis dado ya el derecho de quejarnos cuando, como ahora ha sucedido, venís un poco tarde. Por lo demás, D. Rodrigo, vos no ignoráis, sin duda, que cuanto más se ha deseado ver á una persona y más se ha retardado su llegada, mayor es el placer que sentimos al verla. ¿No es verdad, señora? dijo D. García, dirigiéndose á Dña. Elvira, con la expresión del más profundo abatimiento.

— Lo que decís debe ser cierto, en lo general, respondió la joven algo desconcertada; pero en cuanto á mí puedo aseguraros que, temprano ó tarde, recibo con igual placer á todas las personas que tienen derecho á mi estimación.

La conversación se hizo general mostrando en ella D. Rodrigo agudeza de ingenio, instrucción, gracia y naturalidad. Pasando de un asunto á otro, llegó á hablarse de un incidente que ocupaba por entonces la atención en la ciudad, y era tema común de las conversaciones. La aparición de unos cuantos *Nazarenos*, ó penitentes, vestidos con túnicas de color violado, cubiertas las cabezas con capuces y con grandes cruces al hombro, que habían recorrido las calles en las noches de la Semana santa. Nadie había podido averiguar quiénes fuesen aquellos pecadores, ni qué género de culpas estuviesen purgando. Pero se creía que su número debía ser considerable, pues se habían encontrado muchos por diferentes partes; y aunque no faltaron curiosos que los siguieron con empeño, no se había logrado averiguar de dónde salían, ni dónde entraban:



Se habló en seguida de una casa antigua del barrio de Santiago, (hoy enteramente arruinado) que había quedado deshabitada por las extrañas apariciones que se veían en ella todas las noches, lo que retraía á cuantos querían arrendarla. Esa casa era ya conocida por *la de los espantos*. Cada cual refirió algún hecho terrible de los que habían ocurrido en aquella casa, de donde se aseguraba no volvía á salir ninguno de los que tenían el arrojo temerario de pasar sus umbrales. La esposa de D. Simón Frens Porté tomó la palabra y dijo que el lance más extraordinario de todos era el que había ocurrido pocas noches antes á D. Baltasar Hurtado de Mendoza, quien apostó con algunos jóvenes amigos suyos á que iría á dormir á la casa de los espantos.

Excitada vivamente la curiosidad con aquellas palabras, se suplicó á la señora refiriese lo ocurrido, y continuó diciendo :

— Aceptada la apuesta, se dirigió D. Baltasar á la casa y penetró en ella fácilmente, pues se mantiene abierta, aunque completamente amueblada. Subió al dormitorio, situado en el segundo piso, encendió una bujía y se acostó en la cama, después de haber puesto junto á la cabecera su espada desnuda y dos trabucos cargados. Don Baltasar no tardó en sentirse acometido del sueño, apagó la luz y se durmió tranquilamente. Á poco fué despertado por un ruido como de cadenas que arrastrasen sobre el pavimento. El caballero no hizo el menor caso de aquello y se volvió á otro lado para seguir durmiendo. Pero aun no había cerrado los ojos, cuando advirtió que iluminaba la pieza una débil claridad, y repentinamente vió, como si hubiese salido de la pared, una fantasma blanca, con una *N* roja en el pecho y una linterna en la mano. No se arredró Mendoza á la vista de aquel espectro. Tomó resueltamente uno de sus trabucos y apuntando á la fantasma, hizo fuego. ¡Cuál sería el asombro del pobre D. Baltasar, al ver que salía una mano pálida y descarnada debajo el manto blanco en que estaba embozado *el espanto*, y que esa mano le



devolvió, ya fría, la bala que acababa de despedir el arma !

Las señoras todas, que escuchaban la relación que hacía la esposa del alcalde, se santiguaron y ésta continuó diciendo :

— Pero no creáis que se dió con esto por vencida la temeridad de Mendoza. Cogió el otro trabuco, y avanzando dos pasos, hasta tocar casi con aquella que sería sin duda una alma en pena, volvió á disparar y recibió segunda vez la bala fría, que rodó por el suelo, después de haberle tocado ligeramente el pecho. La fantasma entonces apartó lentamente el embozo que le cubría la cabeza y dejó ver el rostro pálido y descarnado de un esqueleto. Mendoza sintió que la sangre se helaba en sus venas, un sudor frío corrió por su frente, sus piernas vacilaron y cayó en tierra sin sentido. Cuando recobró el conocimiento, se encontró en la calle, á poca distancia de aquella temible casa, sin saber cómo ni por quién había sido sacado de ella. Los jóvenes sus amigos, que aguardaban el resultado de la aventura, le transportaron á su habitación, donde se halla aún postrado con una fiebre. Ha podido referir lo que pasó aquella noche, y yo he sabido el lance por uno de los caballeros con quienes hizo la apuesta.

Con la mayor atención escuchó D. Rodrigo de Arias aquella extraña aventura, y luego que la señora concluyó su narración, dijo el Gobernador :

— Pues yo, señora, no tengo el menor motivo para poner en duda la veracidad de la historia que habéis referido ; pero querría convencerme por mí mismo de la existencia de esos vestiglos y fantasmas, y de que la visión no ha sido puramente efecto de la imaginación preocupada del bueno de D. Baltasar. Estoy, pues, resuelto á pasar una noche en la casa de los espantos, y espero, con el favor de Dios y la ayuda de mi espada, salir sano y salvo de cualquier peligro.

Al oír aquellas palabras, las damas, en quienes, como hemos dicho, excitaba el joven Gobernador las más vivas simpatías, hicieron un movimiento de asombro y horror. Dña. Elvira de



Lagasti se puso pálida como un muerto y dijo á D. Rodrigo :

— Reflexionad, caballero, que tentar á Dios, no es valor, sino temeridad, y desistid de un propósito que causará una angustia mortal á cuantos se interesan por vos... esto es, á todos vuestros amigos.

El joven Altamirano inclinó la cabeza al oír aquella observación, hecha en el tono de la súplica más efectiva, y ahogó un suspiro en lo más hondo de su lacerado corazón. Don Rodrigo, sin parecer advertir lo que pasaba, replicó :

— Mis amigos, bella Dña. Elvira, no tienen por qué inquietarse. Estoy acostumbrado á los peligros, puedo decir que los amo, pues mi alma goza en ellos un deleite que yo mismo no acierto á explicarme. Así, quedo formalmente comprometido á llevar á cabo lo que no pudo realizar D. Baltasar de Mendoza.

En esto se acercaron al estrado los caballeros que acababan de salir de las salas de juego, é informados de la intención del Gobernador, procuraron hacerle desistir de lo que todos consideraban como un arrojio impio. Don Rodrigo no desistió de su propósito y reiteró la oferta formal de visitar de ahí á tres noches la casa de los espantos.

Ninguno de los presentes, (con excepción acaso de Doña Elvira,) advirtió que la joven morena llamada Dña. Guiomar de Escalante había perdido el color, y próxima á caer, dominada por un vértigo, tuvo que apoyarse, con disimulo, en el hombro de una de sus amigas, que estaba próxima á ella.

---

## CAPÍTULO VII

### Un odio hereditario.

Hemos dicho ya en alguno de los anteriores capítulos que había en Guatemala, en la época á que se refiere la presente historia, dos familias poderosas entre las cuales existía un odio inveterado. Los Padillas y los Carranzas, de cuyas casas creemos no queda hoy ni memoria, reconocían un origen común en una familia noble de Castilla, algunos de cuyos vástagos pasaron á las Indias en la época de la conquista. Divididos aquéllos desde entonces por causas que no nos han sido reveladas, encontramos ya, en algunos manuscritos del siglo XVII, formados dos opuestos bandos, que dividían no solamente la capital, sino otras ciudades principales del reino, y que se componían de los deudos y amigos de las dos casas rivales. En Guatemala, donde residían los respectivos jefes, aquella odiosidad era más acerba y más marcada, no perdonando ni unos ni otros medio alguno para destruirse. Las autoridades españolas mismas no podían permanecer neutrales en la lucha, y los diversos Presidentes que en aquellos tiempos gobernaron el reino, no dejaron de afiliarse en alguno de los dos partidos, con más ó menos decisión, prestándole el importante apoyo del poder. Como los Güelfos y Gibelinos que dividieron la Italia en los siglos XII, XIII y XIV, aquellas dos familias enemigas traían revuelto el reino, haciéndolo sufrir gravemente en el incesante combate de sus pasiones y sus intereses.



Cuando el conde de Santiago de Calimaya vino á gobernar estas provincias, en el año 1654, la lucha entre Padillas y Carranzas se había amortiguado algún tanto. El odio recíproco, que sus individuos recibieran de sus antepasados como una herencia funesta, estaba, no apagado, sino oculto, y pronto siempre á hacer explosión, á la manera de esas materias incandescentes que por algún tiempo permanecen encerradas en el seno de los volcanes que parecían extinguidos. El hijo del conde, D. Enrique de Altamirano, ya fuese porque no encontró en los Padillas una sumisión servil, ya por considerar conveniente á sus intereses y los de su padre mantener la división entre esas dos familias poderosas, inclinó al Presidente á abrazar con decisión el partido de los Carranzas. Alentados éstos con tan importante y poderoso auxiliar, creyeron llegada la ocasión de acabar para siempre con sus antiguos rivales. Éstos, sin embargo, sin dejarse arredrar por las graves dificultades en que los ponía la protección dispensada á sus enemigos por el Presidente, cobraron nuevo ánimo y se propusieron emplear todos los medios que estuviesen á su alcance para sobreponerse.

Una circunstancia fortuita y extraordinaria había ido á complicar la situación de las cosas y á hacer más intransigible la lucha entre las dos familias. Para explicar esto, tenemos necesidad de retroceder unos veinticuatro años. Sucedió que un caballero emparentado con una y otra familia, soltero y único poseedor de una considerable fortuna, llamado D. Juan de Balmaseda, murió en 1632, dejando todos sus bienes, cuyo monto ascendía á unos ochenta mil pesos, á su primo Don Tomás de Carranza, que acababa de casarse con Dña. Gertrudis de Medinilla. El testador estableció, como condición expresa, que si á los cinco años, D. Tomás y su esposa no tenían sucesión, pasase la herencia, que consistía en haciendas, casas y otros bienes, á su otro primo, D. Diego de Padilla, pues su intención era que se fundase un mayorazgo en una de las dos



familias, aunque siempre prefiriendo á la de Carranza, pues la de Padilla pasaba por ser bastante rica por sí misma.

Don Tomás entró, pues, en posesión de los bienes de Balmaseda, fijando la esperanza de su conservación en la de que Dios querría bendecir su matrimonio con un hijo. Pasó el primer año sin que esta esperanza se realizase. Sucedió lo mismo en el segundo y el tercero, y por último estaba para expirar el cuarto, sin que llegase el hijo tan deseado. Iba aproximándose el tiempo en que debía cumplirse el plazo fatal fijado por el testador, y D. Tomás de Carranza, lo mismo que su esposa, veía venir con espanto el día en que les sería forzoso desprenderse de aquella fortuna, quedando reducidos a una posición cercana á la miseria, en tanto que sus implacables rivales aumentarían con ella el lustre de su casa, y lo que era peor aún, los medios de dañar á la familia desposeída.

La desesperación de ambos esposos no conocía ya límites: muchas veces habían maldecido la suerte que se empeñaba en mostrárseles implacable, y una noche, solos en la pieza que les servía de dormitorio, se ocupaban en hacer las más aflictivas consideraciones sobre la desgracia que consideraban inevitable. Era á mediados del mes de Septiembre; el agua caía á torrentes, azotando los vidrios de las ventanas que daban á la calle de Santo Domingo, donde estaba situada la casa de Carranza, como la mayor parte de las de la nobleza, antes de la ruina de la antigua capital. Los relámpagos rasgaban de vez en cuando el espeso velo que cubría el firmamento y los truenos hacían despertar los dormidos ecos en las vecinas montañas.]

Don Tomás, sentado en un sillón, tenía la cabeza apoyada en sus dos manos, y su esposa, no menos preocupada que él, había dejado caer un trabajo de tapicería con que entretenía sus largas horas de fastidio.

— Preciso es que nos resignemos al fin, dijo Dña. Gertrudis; Dios nos niega la única esperanza de salvación con que contá-



bamos. Un año más y estaremos condenados para siempre a la humillación y á la ruina.

Dos lágrimas rodaron lentamente por las mejillas de la infeliz señora.

— Sí, esposa mía, contestó D. Tomás, con desesperación; sí; es necesario comenzar á desprendernos de todos estos objetos que nos han proporcionado bienestar, consideración é independencia. Yo tendré que ganar el pan con el sudor de mi rostro y esa orgullosa familia se gozará en nuestra desgracia. Un hijo nos habría salvado; pero Dios no ha querido concedérnoslo. Señor, Señor, añadió el pobre caballero, levantándose con presteza y cayendo de rodillas delante de un crucifijo que estaba suspendido junto al lecho, ¿por qué no nos habéis dado un hijo? ¡Os lo hemos pedido tanto!

Al decir aquellas palabras, con un acento desgarrador, Don Tomás inclinó la cabeza, lanzando algunos mal comprimidos sollozos.

Siguióse un momento de silencio, que fué interrumpido por dos ligeros golpes que dieron desde la calle en los vidrios de la ventana. Ni Carranza ni su esposa atendieron á aquel incidente, tanta era su preocupación, pero los golpes se repitieron con más fuerza y presteza; de modo que la señora, no obstante la situación de su ánimo, abrió las puertas y vió, al través de los vidrios, un objeto que estaba en el antepecho de la ventana, no pudiendo distinguirse lo que fuese, á causa de la oscuridad. Pero repentinamente un relámpago rasgó las nubes, y la esposa de Carranza vió en la ventana un niño, envuelto en una rica mantilla. La señora lanzó un grito de asombro, y tomando á la criatura, la presentó á su esposo, ebria de júbilo, diciéndole :

— ¡El cielo nos le envía! ¡He aquí á nuestro salvador!

Don Tomás comprendió inmediatamente el pensamiento atrevido de su esposa, tomó al niño en sus brazos; era débil, muy poco desarrollado y parecía de un día de nacido.



— Sí, Dios lo quiere, dijo D. Tomás, Dios lo quiere. Estamos salvados.

La señora estrechó al infante contra su seno y puede decirse que ya que no por la naturaleza, desde aquel momento fué madre, así por el interés, como por el amor. Porque la desgraciada señora anhelaba vivamente un hijo, por ese instinto de la maternidad que Dios ha puesto en el corazón de la última y la más degradada de las mujeres. Además, la aparición de aquel niño, que tenía algo de milagrosa, hacía que los dos esposos lo recibiesen, no como una criatura extraña, sino como un verdadero presente del cielo. Inmediatamente trazaron su plan y acordaron como debía criarse al niño con el mayor sigilo, hasta que llegase la oportunidad de presentarle.

Hizose así efectivamente. Al siguiente día D. Tomás mismo le condujo con mucha precaución á una de sus haciendas y le entregó á persona de toda confianza y reserva. La condición particular de la criatura se prestaba á la ejecución de los planes de los esposos; pues, como hemos dicho, era muy pequeño y poco desarrollado.

Al volver á la ciudad, D. Tomás de Carranza salió anunciando por todas partes una buena nueva. Dios, decía, había escuchado sus votos y su esposa estaba en cinta de tres meses. El temor de salir defraudado en sus más ardientes esperanzas, agregaba, le había retraído de anunciar aquel acontecimiento á sus deudos y amigos; pero completamente seguro ya, había llegado la hora de hacer pública su felicidad. No había motivo para poner en duda la veracidad del caballero; así fué que parientes y amigos le dieron los más sinceros plácemes, viendo ya asegurada la sucesión y la fortuna de Carranza. Don Diego de Padilla, principal interesado en averiguar la verdad del hecho, se hallaba ausente del país en una expedición que debía durar algún tiempo. Su esposa vivía retirada, y según se decía, gravemente enferma; y el hijo único de aquel matrimonio era aun de muy corta edad. Los demás individuos de la familia,



si bien sintieron vivamente el acontecimiento, no parecieron dudar de su certeza, como que nada tenía de imposible.

Seis meses después del suceso que acabamos de referir, Don Tomás de Carranza anunció á sus deudos y amigos que su esposa había dado á luz un niño, grande y robusto. El hidalgo estaba loco de alegría. El supuesto recién nacido fué bautizado de noche, por un eclesiástico pariente de la señora, previo el correspondiente permiso del cura párroco, y sirviendo de padrino uno de los hermanos de D. Tomás. Todo se hizo en debida regla, y el niño recibió los nombres de César Salvador. Á la verdad no faltaron algunos rumores misteriosos acerca del origen de aquella criatura; pero los interesados hicieron poco caso de ellos; el infante se crió y creció como hijo verdadero de D. Tomás de Carranza y Dña. Gertrudis de Medinilla, y fué la idolatría de sus padres. Los rumores fueron acallándose y la duda pareció disiparse, como se ha disipado siempre todo en nuestra sociedad, tan impresionable como olvidadiza.

Estaba reservado al tiempo, ese revelador implacable de los más ocultos secretos, ese reparador de las grandes injusticias, el poner en claro, en su día y en su hora, aquel misterio y el descubrir quiénes eran los verdaderos padres de aquel niño.

---

## CAPÍTULO VIII

### **Tres amigos. — Nuevas complicaciones.**

Don Tomás de Carranza cuidó de que el que había de aparecer en el mundo como su hijo, tuviese una educación correspondiente á su clase y á la fortuna considerable de que la suerte le había hecho dueño. Así fué que D. César recibió la instrucción literaria que era dable obtener en aquellos tiempos en Guatemála. Cuando hubo cumplido diez y ocho años, su padre solicitó y alcanzó para él el grado de alférez, manifestando el joven decidida inclinación á la noble carrera de las armas.

Don César parecía haber nacido expresamente para esa profesión. Era valiente, leal, franco y alegre; galán con las damas, generoso y atrevido, creía en el bien, amaba con pasión y se entregaba sin reserva. Había en aquel joven algo que parecía un reflejo de las prendas extraordinarias que han immortalizado á su ilustre homónimo. Por una de esas rarezas que se observan de vez en cuando entre los hombres, Don César de Carranza hizo íntima amistad con un joven de sangre tan noble como la que creía él corría por sus venas; pero enteramente diferente, por no decir opuesto, en ideas, inclinaciones y carácter. Don Fadrique de Guzmán y Alvarado era frío hasta la insensibilidad; reservado hasta el disimulo; apegado al dinero, hasta rayar en mezquino; y, lo que era en aquellos tiempos y en un sujeto de la clase de D. Fadrique



el defecto más imperdonable, era cobarde. Con suficientes alcances para comprender toda la gravedad de aquella falta, en un descendiente del héroe que había conquistado un reino, después de haber ayudado eficazmente á someter dos imperios, D. Fadrique de Guzmán y Alvarado hacía cuanto le era dable por ocultar aquella debilidad, y lo había logrado hasta entonces, puesto que ella era un secreto aun para su íntimo amigo Don César de Carranza. Para completar la pintura del hombre á quien hizo este noble joven depositario de su confianza, diremos que la madrastra naturaleza había negado á D. Fadrique un exterior hermoso y agradable. Era feo, tan feo como puede serlo un joven de veintidós años. La primavera, para la tierra como para el hombre, es la época de la belleza, de la frescura y de la gracia. Para aquel infeliz mancebo, la primavera de la vida presentaba todos los caracteres de un otoño anticipado. Meditabundo y sombrío, egoísta y escéptico, D. Fadrique no amaba á nadie, ni creía en nada; decimos mal, se amaba á sí mismo y creía en sí mismo únicamente. ¿Por qué extraño misterio el generoso D. César, expósito, hijo de padres ignorados, se unió tan íntimamente á aquel hidalgo á quien, si hemos de dar á las cosas su verdadero nombre, podemos llamar un perverso? No sabremos explicarlo. Las simpatías de las almas, como el magnetismo animal y como otros muchos fenómenos, son otros tantos problemas cuya solución no ha puesto Dios todavía al alcance de nuestra impaciente y pretenciosa curiosidad. Lo único que podemos decir es que era difícil ver caracteres más encontrados y personas más unidas que D. César de Carranza y D. Fadrique de Guzmán.

Entre el uno y el otro vino á colocarse un tercer joven, casi de la misma edad que aquellos dos amigos, pues apenas tenía diez y ocho años. Don García de Altamirano y Contreras, á quien han conocido ya nuestros lectores en el estrado de su madrastra Dña. Elvira de Lagasti, era hijo del Adelantado de Filipinas, en su primer matrimonio con una joven señora,



muerta al dar á luz á aquel niño, que se crió al lado de su padre y de su abuelo, que le amaba con ternura. Dotado de esa sensibilidad exquisita que suele ser el verdugo de las almas que la poseen, sin que los goces que proporciona alcancen á compensar los dolores que hace sufrir, D. García era reservado y melancólico. Sin ser pusilánime, era tímido y desconfiado de sí mismo; y un observador perspicaz habría adivinado fácilmente, al ver el abatimiento del pobre joven, que aquel cuerpo delicado y casi femenino, encerraba una alma de esas á quienes el infortunio ha condenado al más doloroso y cruel de todos los martirios: á *amar lo imposible*. Don García era poeta y sabía expresar en hermosos versos los sentimientos tiernos y delicados y las vagas aspiraciones que alimentaba su alma.

Aquel corazón abrumado bajo el peso de un anhelo irrealizable, se sintió irresistiblemente atraído por el espíritu generoso de D. César, que pronto llegó á ejercer en el joven Altamirano esa influencia casi absoluta que las naturalezas vigorosas y enérgicas se arrojan, en lo general, sobre los caracteres tímidos y desconfiados.

Tales eran los tres jóvenes cuya unión íntima y fraternal amistad había llegado á hacerse proverbial en Guatemala, en la época en que tuvieron lugar los sucesos que vamos refiriendo.

Fácilmente ha podido comprenderse que el desventurado D. García había dejado que se enseñorease de su alma una pasión insensata, cuyo objeto era la joven y bella esposa de su padre. Sin fuerzas para combatir aquella funesta inclinación, se había rendido casi sin lucha, y acaso con ese secreto deleite que las almas formadas para el sufrimiento parecen encontrar en los más íntimos y acerbos dolores.

En cuanto á D. Fadrique, por más que haya de parecer extraño, debemos decir que amaba también, no con ese amor ardiente, tierno y desinteresado que se halla reservado únicamente á las almas escogidas; sino con ese deseo vehemente de



poseer que reside quizá únicamente en los sentidos, pero que es el amor de las naturalezas vulgares. Decimos, pues, que D. Fadrique amaba, ya que nuestros idiomas imperfectos carecen aún de alguna palabra que exprese con fidelidad aquel instinto material y egoísta que nos vemos obligados á confundir así con uno de los más nobles, más espirituales y más desinteresados sentimientos del corazón humano. La desgraciada criatura á quien la fatalidad había condenado á hacer nacer aquel amor, llamábase Dña. Guiomar de Escalante, aquella linda joven morena y de ojos negros á quien hemos visto sufrir un ligero vértigo en el estrado de Dña. Elvira de Lagasti cuando manifestó D. Rodrigo de Arias su resolución de visitar la casa de los espantos. Dña. Guiomar sentía la más invencible repugnancia por D. Fadrique, y cuando se atrevió á declararle su inclinación, retrocedió casi horrorizada, como si se hubiese puesto en contacto con un áspid. El orgulloso hidalgo sintió vivamente aquella repulsa; pero lejos de apagar la llama que ardía en su pecho, hizo que ella cobrase mayor fuerza.

Don César había permanecido insensible al amor, llevándole su espíritu galante de una en otra joven; como versátil mariposa en un bello jardín, diríamos, si la comparación, aunque exacta, no estuviese ya tan repetida. Un día, el joven alférez vió en la iglesia á una dama cuyos ojos grandes y azules, fijos en una imagen de la Virgen, con expresión tierna y devota, llamaron vivamente la atención del caballero. No pudo ya apartar la vista de aquel rostro encantador, cuyo óvalo perfecto podía haber servido de modelo á una madona del pintor de Urbino. Don César no conocía á aquella joven, pero estaba seguro de no equivocarse al pensar que la nobleza de su cuna debía corresponder á la distinción de su fisonomía y á la elegancia de su traje. Continuó concurriendo, sin faltar un solo día, á la iglesia donde por primera vez había visto á aquella mujer seductora, y ésta por su parte parecía sentirse



irresistiblemente atraída por aquel interesante desconocido. Establecida entre ellos esa corriente magnética que unió dos corazones destinados á comprenderse, D. César procuró averiguar el nombre y condición de aquella joven á quien había entregado su alma. Pero; cuál no sería su asombro y su dolor, al oír el apellido de la mujer que tan tiernamente amaba! Llamábase Dña. Violante de Padilla, y era la hija menor de D. Diego de Padilla, el implacable enemigo de su familia. No ignoraba D. César que D. Diego tenía una hija de aquel nombre; pero como las dos familias se veían apenas, cuando por casualidad solían encontrarse en la sociedad, el alférez no había tenido ocasión hasta entonces de conocer á Dña. Violante. Sucedió á ésta otro tanto. Mil veces había oído hablar de D. César, que arrebatara á su casa la cuantiosa herencia de Balmaseda; pero jamás le había visto. Así fué que cuando supo que aquel hermoso y simpático oficial llevaba el nombre aborrecido de D. César de Carranza, sintió como si le hubiesen atravesado el pecho con un hierro candente.

Pero ¡ah! era ya demasiado tarde para retroceder. Aquellas dos almas eran de esas pocas que jamás olvidan; de esas para quienes los obstáculos son poderosos incentivos. Don César y Dña. Violante continuaron amándose, á pesar de que las familias, luego que llegaron á comprender lo que pasaba, dando más importancia á su rivalidad y encono que á aquel afecto profundo, inextinguible, que ellas consideraban como un capricho pasajero, manifestaron á los desgraciados amantes su decidida oposición á aquellas relaciones y su invariable resolución de no consentir jamás en el cumplimiento de sus deseos.

No desesperaron los jóvenes, sin embargo, de vencer aquella oposición, y continuaron alimentando un amor que vino á hacerse necesario á su existencia. D. César veía de tarde en tarde á su amada en el balcón, en horas avanzadas de la noche. En esas entrevistas misteriosas renovaron mil y mil veces sus amorosos juramentos y no pocas los sorprendió la aurora, repi-



tiéndose esas que la fría razón califica de frivolidades y que son ¡ay! la verdadera poesía de la vida.

En una de esas entrevistas, siempre tan cortas para los que se aman, los dos jóvenes no habían sentido pasar el tiempo, que se deslizaba para ellos con prodigiosa rapidez. Eran las dos de la mañana : D. César y Dña. Violante se repetían por la milésima vez el tierno juramento de ser siempre el uno para la otra, y olvidados de sí mismos y de cuanto los rodeaba, no vieron acercarse á un hombre que pasó junto á ellos, embozado hasta las cejas. Á pocos pasos de distancia del balcón, donde los amantes bebían á torrentes la felicidad, se detuvo aquel desconocido, dejó caer el embozo que le cubría la cara, y dirigiendo una mirada satánica á los dos jóvenes, dijo :

— ¡ Miserables ! Se aman, gozan, y yo devoro en mi corazón las penas del infierno. Á él se le adora y á mí se me desprecia ! Detesto con todas las fuerzas de mi alma á los que son felices. Yo romperé esa dicha, envenenaré esos goces y, lo juro, no seré yo el único que apure hasta las heces el amargo cáliz del dolor.

Dicho esto, volvió á levantar el embozo y se perdió en la oscuridad de las desiertas y sombrías calles. Era D. Fadrique de Guzmán, que poseído de desesperación y de despecho, había sentido abrirse la profunda herida que desgarraba su alma, al contemplar, conducido por la ciega casualidad, el espectáculo, intolerable para él, de la felicidad de su amigo.

---



## CAPÍTULO IX

### **Lo que encontró D. Rodrigo de Arias en la casa de los espantos.**

Los tres jóvenes de quienes nos hemos ocupado con alguna extensión en el capítulo que antecede, se paseaban una tarde por la alameda del Calvario. Nuestros lectores no ignorarán tal vez que esa alameda adornaba aquel sitio público muchos años antes de la ruina ; pero no formada de solas dos hileras de árboles como hoy se ve, sino compuesta de tres calles, quedando situada en la del centro la bonita fuente de piedra canteada que hoy está aislada y fuera del paseo.

Don César de Carranza y D. Fadrique de Guzmán conversaban sobre el proyecto de D. Rodrigo de ir á visitar la casa de los espantos, lo que debía tener lugar aquella misma noche. Don Carcía de Altamirano guardaba silencio.

— Pienso, decía D. Fadrique, con aire burlón, que hay más vanidad que valentía en la idea de exponerse á ese peligro. El entusiasmo con que todas estas mujeres noveleras han acogido á ese advenedizo, desde su llegada, le ha llenado la cabeza de viento y cree poder habérselas hasta con las almas de la otra vida. En cuanto á mí, sé deciros que me alegraría de que á ese valentón le sucediese algo peor que lo que aconteció á D. Baltasar de Mendoza. Así vería que no es lo mismo enfrentarse con los indios desnudos de la Talamanca, que con fantasmas y vestiglos.

— Pues yo, amigo Fadrique, contestó con bondad D. César, aprecio y admiro el valor, aun cuando suela emplearse en empresas temerarias. No creo, como tú, que proceda D. Rodrigo por un motivo tan pueril; pienso que es el incentivo del peligro, que atrae á los ánimos valerosos como el suyo, el que le hace acometer esa aventura y deseo con toda mi alma verle salir de ella sano y salvo.

— ¡ Oh César! replicó el envidioso caballero; en tratándose de aventuras, ahí estás tú. Eres de aquellos pocos á quienes no ha curado todavía el libro del Ingenioso Hidalgo de Miguel de Cervantes. Y dime, si tanta es tu afición á habértelas con apariciones y almas en pena, ¿ por qué no vas tú también á pasar una noche en la casa de los espantos? Hazlo, César, y anuncia tu resolución en voz muy alta en el estrado de las damas, á ver si hay alguna que se ponga pálida al oírlo.

Al decir esto, el maligno D. Fadrique echó al soslayo una mirada á Don García de Altamirano, que sin manifestar que hubiese comprendido la maliciosa alusión, continuó guardando silencio.

— No sé, dijo D. César algo picado, si habría quien se interesara por mí hasta ese punto; pero lo que sí creo poder asegurarte, amigo Fadrique, es que cualquiera dama estará más dispuesta siempre á simpatizar con el arrojo que toque en la temeridad, que no con la prudencia que raye en cobardía.

Guzmán se mordió los labios con rabia, sospechando que las palabras de Carranza encerrasen una alusión á su falta de valor; y sin embargo, no era así. Don César hablaba sin segunda intención, pues, aunque no se le ocultaban algunos de los defectos de su amigo, no había sospechado siquiera que adoleciese de aquel que le habría parecido tal vez el más imperdonable.

— ¿ Y tú qué piensas, García? dijo con afectada volubilidad D. Fadrique. ¿ Estás hilvanando algunas coplas para declarar tu platónico amor á la señora de tus pensamientos? De



veras que estos poetas meditabundos son una gente insoportable.

— Fadrique, contestó D. García con dulzura, perdona que no haya tomado parte en la conversación. Sabes que el crepúsculo de la tarde es el espectáculo más grato á mi alma. Hay algo de voluptuosa melancolía en la luz que muere, en la brisa que suspira, en las estrellas que vienen á alumbrar como lámparas mortuorias el firmamento que parece á esta hora la bóveda de un inmenso panteón. Mis sentidos están como aletargados y mi espíritu se lanza en pos de un mundo desconocido.

El joven poeta dirigió los ojos al cielo, que tachonaban ya millones de espléndidos luceros, y añadió en voz baja y con acento melancólico, recitando una de las más bellas estrofas de una oda del maestro León :

¿ Quién es el que esto mira  
Y precia la bajeza de la tierra  
Y no gime y suspira  
Y rompe lo que encierra  
El alma y de estos bienes la destierra?

Don Fadrique, para quien la poesía no era más que un conjunto de palabras sin sentido alguno, volvió la cabeza hacia un lado con desdén, y dijo á los otros dos jóvenes :

— Vámonos. Es tarde y es necesario prepararnos para ir á la tertulia del Presidente. El juego será fuerte esta noche, según creo, y aunque es difícil luchar con los individuos de tu familia, César, que parece han agarrado á la fortuna por el mechón, yo pienso hacer todo lo posible para desquitarme de mis pérdidas.

Los caballeros siguieron á Guzmán sin decir palabra, y un momento después los tres se habían internado en las estrechas y sombrías calles de la ciudad.

Dejemos á los tres amigos disponerse para ir á la tertulia y



veamos cómo D. Rodrigo de Arias' cumplió su oferta de visitar la casa de las apariciones. Á eso de las diez el caballero se dirigió, solo, al barrio de Santiago y entró en la casa, cuya puerta se mantenía, como ya hemos dicho, abierta. Atravesó el oscuro y solitario zaguán; subió lentamente la escalera de piedra que conducía á las habitaciones del segundo piso y se instaló tranquilamente en el mismo cuarto en donde había ocurrido la extraña aventura á D. Baltasar de Mendoza. Llevaba preparada una vela y avíos para encenderla; hízolo así, y pronto pudo observar la habitación. Las paredes estaban adornadas con pinturas que representaban algunos pasajes de la vida de David y de Saúl. El techo estaba formado por un artesón de cedro con arabescos negros, lo que habría hecho parecer la pieza bastante oscura, aun con más luz que la muy escasa que despedía la vela que encendió D. Rodrigo. Una mesa de regular tamaño, con carpeta de paño verde, unos pocos sillones y taburetes y una cama grande con pabellón de damasco carmesí, completaban el ajuar de aquel dormitorio. Después de haber recorrido la habitación y examinado las paredes, para cerciorarse de que no había alguna puerta oculta, el Gobernador cerró la que daba al corredor, puso su espada sobre la mesa, y viendo en ella un libro, comenzó á leer con la mayor tranquilidad. Era la traducción del *Orlando* de Ariosto, hecha en el año 1550 por el capitán D. Jerónimo de Urrea, que se leía con gusto por algunos en aquellos tiempos, á pesar de la justa censura que de tan pésima versión hace Cervantes en el capítulo en que refiere el escrutinio de la librería de Don Quijote.

Don Rodrigo estuvo leyendo por espacio de una hora, sin que apareciese fantasma ni negra ni blanca. Pero á eso de las once vió que se levantaba una trampa abierta en el piso, en un rincón de la pieza y en la cual D. Rodrigo no había reparado, estando perfectamente disimulada. Asomó una cabeza cubierta con un sombrero con plumas, y en seguida lo demás



del cuerpo de un hombre alto, embozado en una gran capa que le cubría la cara.

— Buenas noches, señor don Rodrigo de Arias, dijo la aparición sin descubrirse, y se dirigió hacia el caballero, que comprendió desde luego que al menos aquella fantasma parecía más cortés y bien criada que la que había visto D. Baltasar de Mendoza.

Sin dar tiempo al Gobernador para contestar el saludo, el recién llegado dejó caer el embozo y descubrió el rostro enjuto y pálido de un hombre como de cincuenta y cinco años, de fisonomía severa, que hacía más desagradable aún la mirada escudriñadora que lanzaban sus ojos negros, pequeños y expresivos.

Don Rodrigo se esforzaba en recordar el nombre de aquel sujeto, á quien había visto unas pocas veces; pero el recién llegado, advirtiendo sin duda el embarazo del caballero, se apresuró á ayudar la memoria de éste, y le dijo:

— No extraño, señor Gobernador, que no me reconozcáis desde luego, pues no he tenido el honor de encontrarme con vos, sino muy de tarde en tarde. Mi nombre es D. Silvestre Alarcón, y mi empleo el de cajero mayor de la casa de D. Diego de Padilla.

— Ya recuerdo perfectamente, D. Silvestre, dijo entonces D. Rodrigo, haberos visto en el escritorio de D. Diego; y ciertamente estaba yo muy ajeno de sospechar que tendría la honra de recibir vuestra visita en esta casa, que he elegido para mi posada por esta noche. Pienso que no será indiscreción en mí el preguntaros á qué casualidad debo el gusto de veros aquí.

— Yo, señor Gobernador, contestó D. Silvestre sonriéndose, soy huésped algo más antiguo que vos en esta casa, y la prueba la tenéis en la circunstancia de que no me ha sido necesario para encontrarme en vuestra presencia entrar por la puerta, que habíais cerrado. Conozco los secretos de esta casa, como si fuese la mía.



— Pero concluyamos, caballero, dijo entonces D. Rodrigo, que comenzaba ya á impacientarse, ¿qué hacéis aquí y qué significan esas apariciones que se ven en esta casa y traen alborotada á la ciudad?

— Lo que yo hago aquí, señor don Rodrigo de Arias, contestó Alarcón sin alterarse, es historia larga de contar; y en cuanto á las fantasmas, están ligadas tan íntimamente con el objeto que aquí me trae, que cuando os imponga de lo uno, fácilmente encontraréis la clave del misterio de lo otro. Debéis suponer, D. Rodrigo, que yo no ignoraba vuestra resolución de venir á pasar la noche en esta casa. Vuestro arrojo, que no teme á vivos ni á muertos, os ha hecho tentar una empresa generalmente considerada como temeraria. Nada me habria sido más fácil que hacer que salieseis de esta temible morada, sin haber visto en ella vestigio alguno; pero la casualidad, ó mejor dicho la Providencia os ha inspirado la idea de venir aquí y á mí me ha proporcionado lo que tiempo háce buscaba.

— Explicaos, dijo D. Rodrigo, cuya curiosidad comenzaba á sentirse estimulada con las revelaciones á medias de su interlocutor.

— Bien, voy á explicarme, respondió D. Silvestre, con la calma que parecía serle habitual. Voy á haceros depositario de un secreto de la más alta importancia. La fortuna, la vida, y lo que es más aún, la honra de una gran parte de la nobleza de este reino, van á estar en vuestras manos. Sois, señor de Arias, un caballero, y como tal incapaz de hacer mal uso de lo que vais á saber. Así, tengo plena confianza en vuestra hidalga discreción y estoy seguro de que en el caso, inesperado para mí, de que no juzguéis oportuno aceptar la proposición que voy á haceros, el secreto de cuanto aquí vais á ver y á oír, morirá con vos.

— Podéis estar seguro de eso, como de vuestra existencia, D. Silvestre, contestó D. Rodrigo con entereza. Los hombres de mi condición no revelan jamás los secretos que se les confían



— Venid, pues, dijo Alarcón; y tomando la vela, salió de la habitación, siguiéndole D. Rodrigo. Atravesaron otras dos piezas, y deteniéndose en la última, D. Silvestre se inclinó y apretando un botón que estaba en el piso, oculto bajo una tabla pequeña que levantó, se abrió una trampa y quedó descubierta una sala espaciosa, iluminada con la luz que despedían unas diez bujías que sustentaba una araña de plata. En medio de la sala había una mesa grande, cubierta con una carpeta verde, y al derredor estaban unos cincuenta ó sesenta individuos, vestidos con túnicas de color violado, y que llevaban al pecho una especie de escapulario de paño amarillo, sobre el cual se advertía, bordada con seda roja, una N de la misma forma de las que se ven en los antiguos lapidarios góticos. Como tenían los rostros descubiertos, D. Rodrigo fué examinando á aquellos sujetos y vió que la mayor parte de ellos pertenecía á la más calificada nobleza de la ciudad.

— ¿Conocéislos á todos? preguntó D. Silvestre.

— Conozco á muchos, contestó D. Rodrigo: pero ¿qué significa esa reunión de tantos sujetos principales y qué hacen ahí?

— Éstos, señor Gobernador D. Rodrigo de Arias, dijo Alarcón, en voz grave, son los *Nazarenos*; lo que significa esta reunión y lo que hacen ahí todos esos sujetos, lo sabréis, si os servís volver á la pieza de donde hemos salido hace un momento y donde podremos hablar con toda comodidad.

— Vamos, contestó el joven, y siguiendo á D. Silvestre, volvió con él al dormitorio. Alarcón hizo seña á D. Rodrigo para que se sentase en un sillón, y él se colocó en otro, frente al Gobernador.

---



## CAPÍTULO X

### **El verdadero jefe de los Nazarenos.**

Después de un breve rato de silencio, D. Silvestre Alarcón habló de esta manera :

— No ignoráis, sin duda señor don Rodrigo, que las familias principales de esta ciudad, y puedo decir del reino, se hallan divididas por odios y rivalidades que los individuos que actualmente las componen han recibido, como un funesto legado, de sus ascendientes. Los Padillas y los Carranzas, establecidos en estas tierras hace más de un siglo, se han disputado el poder y la influencia, causando en diferentes épocas graves perturbaciones. Sea el cansancio de una lucha tan larga como estéril, sea que las fuerzas de los dos bandos habían llegado á equilibrarse, por el número y calidad de los sujetos que en ellos estaban afiliados, lo cierto es que á principios del año 1654, las odiosidades parecían calmadas y como si se hubiese establecido de hecho una tregua entre los contendientes. Así pasaron los primeros meses del gobierno del actual Presidente, de cuya mano justiciera aguardaba el pueblo pacífico el remedio de tan graves males. Por desgracia el conde de Santiago, no por inspiración propia, sino obedeciendo á la caprichosa y ciega voluntad de su hijo D. Enrique, Adelantado de Filipinas, abandonó muy pronto el sistema de rectitud y de imparcialidad que tan benéficos efectos produjo en los primeros meses de su mando. Ganados el Capitán general y su hijo á fuerza de



dádivas, han adoptado sin reserva el partido de los Carranzas, cuya familia, poderosa ya sin ese apoyo, ha venido á hacerse, con él, árbitra absoluta de la suerte de este pobre reino. Los cargos más importantes se proveen únicamente en los individuos de esa familia; los negocios más graves se resuelven conforme á su interés y sus deseos, y no se omite medio alguno para destruir á los Padillas y á cuantos están ligados con ellos. La situación de las cosas ha venido, pues, á hacerse insoponible; y si el presente es afflictivo, no es menos desconsolador el porvenir. El conde de Santiago es, como veis, anciano, y puede creerse que sus días están contados; pero el Adelantado es todavía joven, trabaja activa y ocultamente para llegar á ser el sucesor de su padre, y la familia favorecida coadyuva á esas intrigas con su valimiento en el reino y con sus relaciones en la corte, donde no faltan apoyos poderosos al pretendiente. Si esos trabajos, que desde ahora comienzan á prepararse, tienen un resultado satisfactorio para sus autores, ¿cuál será la suerte de la familia perseguida y la de todos los que dependemos de ella? ¿cuál la de este reino, entregado á semejantes manos? Para evitar esos peligros y alejar esos males, cuya realización es harto probable, señor don Rodrigo, se ha formado esa vasta asociación, en la que han entrado personas no solamente de la nobleza, sino de la clase media y del pueblo, y cuyo objeto es acabar una vez por todas con esa casa orgullosa y con sus interesados protectores. La asociación está organizada bajo el principio de las más severa disciplina. Sus miembros juran, al ser recibidos, consagrar vidas y haciendas á la consecución del grande objeto y obediencia al jefe supremo de la liga, cuya autoridad se extiende hoy sobre muchísimas personas, tanto de la ciudad como de las provincias, de valor acreditado, y además ilustres por su nacimiento y por su riqueza. Han tomado el nombre de los *Nazarenos* y adoptado el traje de esos penitentes; porque, como sabéis, inspiran á todos el mayor respeto y veneración, y sería punto menos que imposible el



que hubiese persona alguna que se atreviese á tocarles. Se ha elegido para las reuniones de la sociedad esta casa, que estaba vacía, cuyas puertas secretas conozco perfectamente por haberme criado en ella, pues perteneció en un tiempo á uno de mis parientes cercanos; y á fin de que nadie la solicitase en arrendamiento, se han fingido en ella esas apariciones de que tanto se habla hoy en la ciudad, todo con acuerdo de su dueño actual, que es uno de los miembros principales de la liga. Sus individuos llevan como distintivo, y para reconocerse en los casos precisos, una N de seda roja sobre un escapulario de paño amarillo, oculto bajo la camisa; pero que puede hacerse ver fácilmente siempre que sea necesario. El jefe lleva esa misma letra de plata sobre campo rojo.

— ¿Y quién es, preguntó D. Rodrigo, luego que Alarcón hubo concluido, el jefe de esa temible y poderosa asociación?

— El jefe, contestó Alarcón, es D. Diego de Padilla, y ha sido elegido para ocupar ese puesto por los Nazarenos todos, en atención á su importancia personal y á la de su familia.

Después de un momento de silencio, D. Silvestre dijo al Gobernador, con acento grave y solemne :

— Señor D. Rodrigo de Arias, ¿queréis pertenecer á la liga de los Nazarenos, en la que seréis, después del jefe, el miembro más importante? Os lo propongo en nombre de la asociación, que me ha dado este encargo.

Don Rodrigo, sin contestar á aquella pregunta, apoyó la cabeza en sus dos manos y los codos sobre la mesa, como meditando acerca de la extraña y atrevida proposición que acababa de escuchar.

La tentadora serpiente hubo de concebir alguna esperanza, a causa de aquel silencio, y continuó :

— La empresa que os propongo, es peligrosa, lo sé; pero ¿quién vió jamás á D. Rodrigo de Arias retroceder ante ningún peligro? Trátase de una causa justa, de la reparación de grandes males y de evitar otros igualmente graves. Un reino



entero nos deberá su felicidad; y cuando, destruido el poder de los inicuos, logremos hacer llegar la verdad á los oídos del Soberano, ¿quién podrá tener mejores títulos que vos al elevado puesto que se pretende obtener por medio del favor y de la intriga? Claro es que ni D. Diego de Padilla, ni otro alguno de los Nazarenos puede aspirar á ese puesto; y así, él será, no lo dudéis, el premio de vuestros esfuerzos: y el que ya supo ilustrar su nombre en el gobierno de una pequeña provincia, se immortalizará con sus empresas como jefe de un reino. Dios os ha traído, no sin designio, á esta casa, señor Gobernador. Ocasiones como esta no se presentan dos veces en la vida; medita y resuelveos.

Arias tenía, como ya hemos dicho, veintisiete años, sentía en su pecho el hervir vividor de la edad y los impulsos de una noble y levantada ambición. Comprendió perfectamente cuán importante le sería el apoyo de muchas de las principales familias del reino, cuyos representantes acababa de ver reunidos en aquella casa. Sabía que ese apoyo, unido á sus relaciones en la corte, le servirían poderosamente; deseaba un puesto elevado, que habría tentado á cualquiera; creía justa la causa de la familia contra la cual se habían declarado el Presidente y su hijo; y además, sentía en el fondo de su alma una aversión secreta contra aquellos cortesanos astutos que pretendían elevarse por medio de la intriga. Todas esas causas obraron poderosamente en su ánimo atrevido y amigo de aventuras, y después de un momento de profunda reflexión, contestó á D. Silvestre:

— Caballero: la proposición que me hacéis es lisonjera para mí. Una parte de la nobleza de este reino me ofrece, por medio vuestro, un puesto importante en esa asociación que ha tomado á su cargo una empresa que, aunque no exenta de peligros, puede, si el resultado corresponde á los esfuerzos, redundar en pro de la justicia, en bien de estas provincias y en gloria de los que la hayan llevado á cabo. Estoy pronto á unirme á



vosotros y participar de esos peligros. Podéis manifestarlo así á los Nazarenos.

— Bien, señor, respondió Alarcón, en cuyos ojos brilló la más viva alegría ; y añadió :

— Venid ; la liga espera reunida vuestra resolución y debéis prestar el juramento.

— Vamos, dijo D. Rodrigo, y ciñendo su espada, siguió á su conductor.

El incauto joven no alcanzaba á comprender, en su noble ambición, que iba á ser uno de tantos conjurados y á prestar á intereses particulares el valioso apoyo de su nombre y de su espada.

Alarcón y D. Rodrigo bajaron la estrecha escalera secreta que conducía al piso bajo y pronto se encontraron en el salón, donde, como lo había dicho D. Silvestre, aguardaban los Nazarenos. Un sordo rumor se hizo oír en la reunión al ver al Gobernador. Los conjurados se pusieron en pie, y D. Rodrigo, arrodillándose junto á la mesa, juró sobre los evangelios fidelidad á la liga y emplear todos sus esfuerzos para llevar á cabo los fines de la asociación. En seguida, D. Diego de Padilla le presentó la túnica de seda violada de que se revistió Don Rodrigo y colocó sobre su pecho la insignia de los Nazarenos, tomando asiento á la derecha del jefe.

Hecho esto, D. Rodrigo, en un breve discurso, expuso las razones que le habían decidido á tomar parte en la asociación y su resolución firme de llenar los deberes importantes que le imponía aquel compromiso.

Don Diego de Padilla contestó en nombre de los asociados, manifestando la gratitud de la nobleza ahí reunida por el importante servicio que le prestaba aquel valiente caballero. Otros de los principales hidalgos arengaron en seguida en igual sentido. Sólo el promotor de la idea de hacer entrar en la conjuración á D. Rodrigo de Arias, el alma de aquella liga poderosa, D. Silvestre Alarcón, verdadero jefe de los Naza-



renos, pues Padilla lo era sólo de nombre, confundido entre los conjurados, contemplaba el resultado de sus trabajos y guardaba silencio. La reunión se disolvió en seguida, habiendo dado el jefe algunas disposiciones y conviniendo en volver á reunirse de ahí á tres noches.

Don Rodrigo volvió á su casa inmediatamente, siendo ya innecesaria su permanencia en la de los espantos. Al siguiente día, muy temprano muchos acudieron á informarse con la servidumbre del resultado de la visita del Gobernador. La curiosidad de aquellas buenas gentes quedó chasqueada, pues los criados declararon que nada sabían. Don Rodrigo mismo fué interrogado por varias personas y contestó únicamente que había encontrado en aquella casa lo que no esperaba y que no aconsejaba á nadie que hiciese la prueba que él había hecho.

Aquella respuesta bastó para que cada cual forjase una historia diferente de lo que había visto D. Rodrigo en la casa de los espantos; y dos días después, se contaban en la ciudad los lances más estupendos; confirmándose, de consiguiente, la creencia general en las terríficas visiones que se aparecían en la casa del barrio de Santiago.

---



## CAPÍTULO XI

### El cajero mayor.

Habían pasado algunos días después que ocurrieron los sucesos de que hemos dado cuenta á nuestros lectores. Los Nazarenos continuaban sus trabajos con actividad, y Don Rodrigo, cuyo carácter emprendedor y aventurero se complacía en el peligro, estaba cada vez más empeñado en aquella intriga.

Entretanto, conviene dar a conocer mejor el personaje que parecía ser el motor secreto de aquella poderosa asociación; el que la había creado y que, como la mayor parte de los hombres muy importantes, tenía el arte de hacer creer á los otros que eran ellos los que pensaban y ejecutaban lo que él proyectaba y hacía.

Don Silvestre Alarcón pertenecía á lo que entonces se llamaba la clase media. Era hijo de un escribano, que había tratado al principio de hacer abrazar á su hijo su misma profesión; idea que tuvo que abandonar muy pronto, pues el joven se sintió con aptitudes y aspiraciones más altas. Colocado en el escritorio de la casa de Padilla, que, como muchas otras de las más nobles del país, tenía negocios de comercio, pronto comenzó á mostrar su habilidad y despejo, mereciendo la confianza de sus patrones. Andando el tiempo, D. Silvestre vino á ser el *factótum* de aquella familia, con cuyos intereses llegó á identificarse por completo. Alarcón era frío y reservado;



parecía que su cerebro se hubiese secado en el trabajo incesante de los cálculos aritméticos y de combinaciones comerciales. Incapaz de amor y de odio, aquella alma vivía sólo por los negocios; y si alguna vez se ocupaba en cosas de otra clase, era cuando por algún lado las consideraba conducentes al objeto único que tenía absorbidas sus poderosas y activas facultades mentales. Debe hacérsele la justicia de confesar que sus esfuerzos de tantos años produjeron los resultados que él se proponía. En sus manos, aquella casa alcanzó un alto grado de prosperidad y llegó á ser uno de los primeros, ya que no fuese el primero de los establecimientos comerciales del reino.

Pero la fortuna se cansó de ayudar á aquel hombre emprendedor é inteligente. La casa perdió dos ó tres buques en expediciones lejanas; las sucursales que tenía en algunas de las principales ciudades de las provincias estaban mal administradas, y la rivalidad con la casa poderosa de los Carranzas causó graves pérdidas á la que dirigía D. Silvestre. Por otra parte, la familia de Padilla, acostumbrada al lujo, no ponía coto á sus gastos, como que ignoraba los quebrantos que la enemiga suerte le había ocasionado. Don Diego poco ó nada se mezclaba ya en los negocios que estaban desde mucho tiempo entregados á su cajero mayor, en quien tenía la confianza más ilimitada.

Don Silvestre trabajaba incesantemente en el escritorio; ponía en tortura su imaginación fecunda; pero los recursos estaban agotados, y en sus largas noches de insomnio, vió aparecer varias veces la fantasma aterradora de la bancarrota. En dos ó tres ocasiones se había aventurado á dirigir á su patrón algunas palabras vagas sobre la conveniencia de favorecer la inclinación recíproca del joven D. César y de Dña. Violante, comprendiendo que aquel matrimonio iría á reparar, mediante la cuantiosa fortuna de Balmaseda, los desastres que había sufrido la casa; pero el orgulloso hidalgo rechazó con indignación aquella idea, contestando que, á Dios gracias, era



bastante rico para no necesitar de deber nada á sus aborrecidos rivales. Afligido Alarcón, había guardado silencio, y viendo que las cosas tomaban peor aspecto cada día, imaginó la organización de la liga de los Nazarenos, buscando en la conjuración los medios de levantar la casa y de reparar una fortuna descalabrada. Don Silvestre comprendió que mientras gobernara el conde de Santiago, ó su hijo, no había la más remota esperanza de salvación; y así, sus esfuerzos todos se dirigían á que el poder recayese en manos de quien pudiese estar subordinado áaquella familia, ó mejor dicho, á su cajero mayor. Tal había sido el designio secreto de aquel negociante diplomático, al proponer á D. Rodrigo de Arias que tomase parte en la conjuración de los Nazarenos, contando con que aprovechando el nombre, las prendas personales y la influencia de éste, para derribar al conde y destruir las esperanzas de su hijo, podría fácilmente hacer que se nombrase á D. Rodrigo, de cuyo reconocimiento aguardaba favor ilimitado.

Pero por desgracia las cosas no marchaban con la prontitud que necesitaba D. Silvestre. El conde de Santiago tenía apoyos poderosos en la corte; en el reino mismo disponía de toda la nobleza adicta á los Carranzas, y hasta la época en que comienza nuestra narración, la liga de los Nazarenos apenas había hecho otra cosa que organizarse.

Tal era, pues, la situación de las cosas. Una noche, á eso de las once, D. Silvestre estaba encerrado en el escritorio; tenía abiertos sobre el bufete los libros de la casa, y con la frente apoyada en ambas manos, se hallaba entregado á uno de los accesos de melancolía y abatimiento que no era dueño de desechár, cuando, como sucedía en aquella ocasión, examinaba, quizá por la milésima vez, la situación afflictiva de los negocios puestos bajo su dirección. D. Silvestre repasaba las columnas de cifras, sumaba y volvía á sumar, comparaba el activo y el pasivo de la casa y siempre llegaba á la misma aterradora conclusión.



Después de haber agrupado una porción de números, arrojó la pluma con desesperación y dijo en voz alta :

—Estamos perdidos, arruinados. Nuestro pasivo asciende á cerca de un millón de pesos, y el activo no pasa de setecientos mil, dando un valor casi fabuloso á las existencias en las casas de Guatemala, Lima y México, y contando con mucho que puede considerarse como incobrable. ¡ Oh ! si no se adopta mi proyecto, la bancarrota es inevitable.

Al acabar de pronunciar aquellas palabras, Alarcón escuchó una carcajada que resonó á sus espaldas y sintió una mano que se apoyó suavemente en su hombro. Don Silvestre volvió la cara espantado y cerró los libros con presteza. Era D. Diego, que había escuchado el monólogo de su cajero, y le dijo riéndose :

—¿ Qué es esto, Silvestre ? ¿ Qué hablas de bancarrota ? ¿ Te has vuelto loco por ventura ?

El pobre cajero mayor no fué ya dueño de disimular su pena y contestó á su patrón :

—¡ Ah señor ! Ojalá hubiera yo perdido el juicio realmente ; así sería insensible á la horrorosa desgracia que nos amenaza. Os lo he ocultado hasta donde me ha sido dable, con la esperanza de poder reparar de alguna manera los grandes desastres que de tres años acá han llovido sobre la casa. Pero ya hoy todo disimulo es imposible, y vale más que estéis preparado al golpe que nos amenaza. Leed el último balance.

Al decir esto, Alarcón abrió un secreto del escritorio, sacó un papel, lo puso en manos de D. Diego y se sentó en un sillón, en un extremo de la pieza, cubriéndose el rostro con ambas manos.

Don Diego fué leyendo partida por partida, y á medida que adelantaba en la lectura, perdía el color y su voz se hacía más y más cortada y balbuciente. Después de haber visto atónito aquellas pruebas de su ruina, recorriendo la lista de los créditos que pesaban sobre la casa, el pobre caballero se fijó en una partida que decía así :



Por deudas de juego, inscritas en el libro de caja de Palacio, setenta y ocho mil pesos. \$ 78,000.

— ¿Tanto es ya? exclamó D. Diego con asombro. ¿Todo eso he perdido en cerca de un año que ha transcurrido desde la venida de ese hombre?

— Sí, señor, contestó D. Silvestre consternado; todo eso habéis perdido; ó por lo menos esa es la suma que de vuestro propio puño está sentada en el libro verde.

— Pues eso debe pagarse ante todo, dijo Padilla; las deudas de juego son sagradas.

— Es verdad, contestó Alarcón; pero es el caso que aunque podemos contar con esa cantidad en caja, su permanencia en nuestro poder por seis ú ocho meses solamente, podría salvarnos, pues he combinado un negocio segurísimo, que nos devolvería esa suma triplicada ó cuatriplicada.

— ¿Y no hay otra cosa de que poder echar mano? preguntó D. Diego con inquietud.

— Nada, dijo Alarcón, nada, señor; todo está agotado.

Don Diego se levantó y comenzó á pasearse por el cuarto, en la mayor agitación.

— ¡Arruinado! decía el desgraciado hidalgo; ¡arruinado! ¡en bancarrota! ¡qué dirán los Carranzas! ¡Qué triunfo para esa familia detestada, y qué horrible humillación para la mía! ¡Arruinado! repetía y se golpeaba la frente con la palma de la mano.

¡Oh! Eso no puede ser y no será, añadía, ¡los Carranzas! ¡los Carranzas! y volviéndose al cajero mayor le dijo:

— ¡Sálvame, Silvestre! ¡Sálvame! ¡Primero la muerte que la bancarrota! y el pobre anciano derramaba lágrimas de dolor y desesperación.

— Señor, dijo entonces D. Silvestre; os lo he dicho y lo repito; esa suma, que debéis pagar dentro de diez días, nos salvaría, pudiendo diferir el pago seis ú ocho meses.

— Sí, Alarcón, contestó D. Diego con tristeza; lo sé; no



conozco el negocio que proyectas; pero tengo plena confianza en tu inteligencia. Y sin embargo, nada podemos hacer : antes morir que solicitar una espera que arruinaría en el acto el crédito de mi casa.

— Señor, dijo entonces el cajero, bajando la voz y acercándose á su patrón; y si ese libro desapareciese por casualidad, y tan sólo durante el tiempo necesario para redondear el negocio, ¿ cómo podrían cobraros?

— ¿ Si desapareciera por casualidad, dices? preguntó Don Diego, como sin comprender la idea. ¿ Y cuál puede ser esa casualidad? ¿ Es posible acaso? ¿ No sabes que el libro de caja de los juegos corre á cargo del mayordomo y se custodia en una arca perfectamente segura?

— Todo lo sé, señor, contestó Alarcón; pero nadie sabe lo que puede suceder de un momento á otro, y tales cosas suelen verse en la vida, que no sería extraño que un día de estos pudiese yo presentaros aquí ese libro, cuya desaparición temporal puede salvaros de la vergüenza y de la ruina.

El hidalgo fijó los ojos con asombro en el cajero mayor, que sin alterarse en lo más pequeño continuó :

— No ignoráis, señor D. Diego, que la asociación de los Nazarenos está bastante ramificada; que ha sido uno de mis cuidados hacer entrar en ella personas de todas clases y condiciones, entre éstas algunos de los individuos mismos de la servidumbre de Palacio, que nos pertenecen por completo. ¿ No sabéis acaso que Adriano, el paje del Adelantado, es Nazareno?

— Sí, dijo Padilla, lo sé; pero el mayordomo no nos pertenece; el libro corre á su cargo, el arca se guarda en el salón azul, el más próximo al del sarao, y la llave de la caja está en poder del mismo mayordomo.

— Todo eso importa bien poco, señor, replicó Alarcón. Dejadme hacer, y tendremos el libro.

— Pero, ¿ y si sospechan de mí? preguntó el caballero con zozobra. Entonces estoy perdido.



— ¿Y por qué de vos más bien que de cualquiera de los otros, cuyas deudas constan en ese libro? dijo D. Silvestre. El estado de vuestra fortuna se ignora; vuestra reputación os pone á cubierto de cualquiera duda, y la sospecha recaerá sobre otros.

Don Diego guardó silencio y permaneció un rato abismado en sus cavilaciones. Las ideas de honor y de probidad que eran tradicionales en su familia, estaban rudamente combatidas por las sofisterías del maquiavélico cajero, y más aún por el aguijón apremiante de la necesidad.

— Por ocho meses solamente... decía el caballero como hablando consigo mismo. Nadie sospechará... Ese es el único medio de salvación...

— Y los Carranzas, dijo Alarcón, los Carranzas no entonarán un himno de triunfo sobre las ruinas de vuestra familia.

— ¡Ay! Es verdad, es verdad, exclamó Padilla, cuya fibra más dolorosa había sido tocada muy á tiempo. Tienes razón; ¡oh! mucha razón; es necesario, cueste lo que costare, apoderarnos de ese libro.

— Bien, señor, dijo D. Silvestre con la mayor sangre fría. Es cuanto necesitaba: vuestra autorización. Dentro de ocho días, á más tardar, tendremos en nuestro poder el libro de caja de los juegos de Palacio, y vuestra causa se habrá salvado.

Dicho esto, saludó respetuosamente á D. Diego y se retiró á su habitación.

---



## CAPÍTULO XII

### Padre é hijo.

Las relaciones entre D. Rodrigo de Arias y el conde de Santiago nunca habían sido cordiales. Diametralmente opuestos en caracteres, el anciano Presidente veía además en cierto modo eclipsado el esplendor de su autoridad por el prestigio del joven Gobernador y en peligro la conservación de su empleo. Don Rodrigo permanecía sin colocación, no obstante sus grandes servicios en Costa-Rica, únicamente por cierta rivalidad que existía entre su familia y D. Luis de Haro, sucesor del Conde-Duque de Olivares. Versado en las intrigas palaciegas, el Presidente recelaba siempre que un cambio en el Ministerio, que produjese la elevación del Conde-Duque, decidido protector de los Arias, ó algún acomodamiento entre éstos y el nuevo favorito de Felipe IV, hiciese volver el viento en favor de D. Rodrigo, en quien suponía aspiraciones, no infundadas por cierto, á la Capitanía general del reino. De aquellos temores participaba igualmente D. Enrique, hijo del Presidente, quien, como ya hemos dicho, aspiraba á suceder en el Gobierno á su padre, cuyo fin no podía creerse muy distante. Ambos señores recibieron, pues, con muy poco agrado á aquel joven, á quien consideraban como un temible adversario: pero á fuer de cortesanos, sabían disimular aquellos temores y ocultaban su antipatía bajo las apariencias de una estudiada urbanidad.



Muy diferente, por cierto, fué la impresión que el héroe de la Talamanca hizo en el alma ardiente de Dña. Elvira de Lagasti. Encontraba una diferencia tan grande entre aquel joven de veintisiete años, que había ilustrado ya su nombre con inelitas hazañas, y su marido, cuyos defectos se le hacían cada día más insoportables, que la infeliz señora fué dejando nacer en su corazón un afecto culpable, de que no se dió cuenta á sí misma, sino cuando era ya muy tarde para dominarlo. Doña Elvira amaba á D. Rodrigo de Arias con un amor tanto más vehemente, cuanto era más reservado y comprimido; y el Gobernador, por su parte, no había sido insensible á los encantos seductores de aquella dama. Ésta, luchando con la pasión que la torturaba, procuró ocultarla, especialmente al que era objeto de ella, y en la época en que comienza nuestra narración, Dña. Elvira aun no había dejado escapar el secreto de aquel afecto profundo que condenaban sus más sagrados deberes. El aguijón terrible de los celos estimulaba aquella violenta pasión. Dña. Guiomar de Escalante amaba también á D. Rodrigo, y á pesar de la indiferencia que éste mostraba á aquella joven, Dña. Elvira temblaba á la sola idea de que otra mujer pudiese interponerse entre ella y el hombre á quien había entregado su alma. Dña. Guiomar sufría en silencio el doloroso martirio de su mal correspondida inclinación; y la importuna solicitud de D. Fadrique de Guzmán, que, como hemos dicho, amaba á aquella infeliz señora, le hacía aun más amarga y penosa la existencia. No sabemos qué sea peor para el que abriga una alma de esas que no están vaciadas en el molde común, si amar y no ser amado, ó ser amado y no amar. Uno y otro sufrimiento había reservado el cielo al pobre corazón de Dña. Guiomar de Escalante.

Entretanto el Adelantado de Filipinas, ocupado únicamente con la idea de realizar sus proyectos ambiciosos, ni sospechaba siquiera el nuevo y peligroso giro que habían tomado los sentimientos de su esposa.



Pero si él se descuidaba de ella y no advertía la tempestad que fué formándose poco á poco sobre su cabeza, no sucedía así á su hijo D. García. Aquel desventurado, que amaba con todo el entusiasmo de un poeta de diez y ocho años, había seguido en silencio y con el más acerbo dolor, los progresos que hacía el afecto que su madrastra concibiera por D. Rodrigo de Arias. El joven Altamirano se habría arrancado el corazón, antes de declarar aquel amor, que sólo la más ciega y terrible fatalidad pudiera haberle inspirado ; amor que no tenía otro confidente que D. César de Carranza, á quien profesaba el hijo del Adelantado un cariño de hermano. D. García velaba por el honor de la esposa de su padre, con la constancia y la abnegación del perro fiel que guarda el sueño de su amo ; pero ¡ ay ! para vergüenza de la humanidad, debemos confesar que el afecto de la bestia, siempre noble y decidido, lleva al del hombre la ventaja del desinterés. ¡ Cuántas veces la vigilancia de D. García impidió que Dña. Elvira viese á su amante, en lugares donde el misterio y la soledad le habrían arrancado la confesión de su amor ! Puede decirse que aquella atenta, incansable y discreta vigilancia del desgraciado joven, era ya el único obstáculo entre D. Rodrigo y Dña. Elvira, muy ajenos de sospechar la causa secreta que la inspiraba.

Un día el Adelantado llamó á su hijo, para tratar un asunto de la mayor importancia. Don García encontró á su padre solo, en su gabinete, con aire distraído y meditabundo y con unos papeles en la mano. Cuando entró el joven, D. Enrique levantó la cabeza, y haciendo seña á su hijo para que se sentara, le dijo :

— Te he llamado, hijo mío, para comunicarte un negocio que me interesa en sumo grado.

— Decid, padre mío, contestó el joven ; sabéis que cuanto os atañe tiene la mayor importancia para mí.

— Lo sé, García, replicó el Adelantado, y en esa confianza, voy á instruirte de lo que pasa.



Don García escuchaba con el mayor interés, porque preocupado de una sola idea, creía que lo que iba á decirle su padre, tendría alguna relación con su pensamiento dominante.

— No ignoras, dijo D. Enrique, las intrigas de la familia poderosa que, por rivalidad con otra no menos principal, trae revuelto el reino y trabaja sordamente contra mi padre y contra mí.

Don García no esperaba que D. Enrique le hablase de aquellos asuntos, á los cuales había permanecido siempre extraño. Así, se sorprendió no poco al escuchar aquellas palabras ; pero disimuló su sorpresa, por respeto, é hizo cuanto le fué posible por contraer su atención al negocio de que le hablaba D. Enrique.

El Presidente, continuó éste, tuvo denuncias formales de una vasta conjuración, tramada por esa familia, sin duda, en la que se ha logrado hacer entrar á muchos sujetos principales, y que cuenta con ramificaciones en algunas de las más importantes ciudades del reino. Inmediatamente dió las convenientes instrucciones á sus agentes para que procurasen coger los hilos de esa intriga, y hoy ha recibido esta carta de San Salvador, en que se le avisa haberse averiguado lo que tanto deseamos. Don Antonio de Rubayo, caballero enteramente adicto á nosotros, entró en el compló con permiso de mi padre ; ha asistido á las juntas, lo ha descubierto todo y dice tener que revelar secretos de la mayor importancia. En la imposibilidad de venir en persona á esta ciudad, y no considerando prudente fiar á la pluma los hechos gravísimos que ha averiguado, Rubayo propone vaya inmediatamente alguna persona de absoluta confianza, á quien poder instruir de todo lo relativo á la conjuración. Revelará, dice, su objeto y los nombres de los individuos que están afiliados en ella. Ves, pues, hijo mío, de cuán alta importancia es que la persona que vaya á oír esas graves revelaciones, esté revestida de la mayor prudencia y pueda, además, inspirarnos la más absoluta confianza.



Cuando hubo dicho esto D. Enrique, se notó un ligero movimiento en una cortina que cubría el hueco de la puerta que comunicaba el gabinete con la antecámara del Adelantado. Advirtió éste aquel incidente ; pero no le dió importancia, atribuyéndolo á cualquiera casualidad. Y sin embargo, si hubiera ido á levantar aquella cortina, habría podido ver á un joven como de diez y siete años, que, pálido y asustado, atravesaba la antecámara con precipitación y se dirigía al corredor, buscando la puerta de la calle. Era Adriano, paje de D. Enrique, que se había colocado en aptitud de poder escuchar la conversación entre su amo y D. García. El joven Nazareno temblaba bajo el peso del secreto importantísimo que acababa de sorprender.

Don García, que ni aun notó el movimiento de la cortina, dijo, respondiendo á las últimas palabras del Adelantado :

— Efectivamente, padre mío, debéis meditar bien antes de elegir el sujeto que va á ser el depositario de tan delicada y grave confianza.

— No hay mucho tiempo para meditar, García, contestó el Adelantado ; Rubayo indica que el asunto es apremiante y que la persona á quien tu abuelo designe, salga de esta ciudad sin perder momento. Ahora bien, tanto el conde como yo, no hemos podido hallar en otro que en ti las circunstancias especiales que requiere tan delicado encargo. Tal es la astucia de nuestros enemigos, que desconfiamos de todos los que nos rodean, no pudiendo estar ciertos de que no hayan sido comprados á fuerza de oro. Es necesario, pues, que tú mismo vayas á abocarte con ese caballero, y está aquí ya pronta una carta del conde, que te servirá de credencial. Con ella, Rubayo no vacilará un momento en comunicarte cuanto sepa, como si fuese al Presidente mismo.

El joven, que no aguardaba aquellas palabras, se puso pálido al oirlas. La idea de ausentarse por algunos días y dejar á Dña. Elvira entregada á la asidua solicitud de D. Rodrigo,



desgarraba su alma. Temblaba al considerar que, libres de su vigilancia, podrían entenderse y declararse un amor cuya existencia é intensidad era harto evidente para él. Con voz balbuciente, contestó D. García á su padre :

— Señor ¿ y no habría algún medio de evitar que fuese yo el designado para esa comisión ?

Estupefacto de asombro quedó el Adelantado al escuchar lo que decía su hijo. Acostumbrado á que le obedeciese en las cosas más insignificantes, el altivo caballero se indignó á la sola idea de que vacilase un momento en prestarse á un servicio del mayor interés para el conde y para él. La sangre se agolpó en la frente de D. Enrique, y lanzando á su hijo una mirada terrible, dijo :

— ¿ Qué significa esto, D. García ? ¿ Rehusáis desempeñar un encargo que sólo á vos puede confiarse y del cual depende quizá la vida de vuestro padre y de vuestro abuelo ? Don García, añadió, temblando de ira el Adelantado, ¿ os habéis vendido vos también á nuestros enemigos ?

Al escuchar aquellas crueles palabras, el joven levantó la cabeza con altiva dignidad, y dijo con la mayor calma :

— No hay, señor, sobre la tierra, ni en sus entrañas, oro bastante para comprar á un caballero de mi sangre.

Avergonzado D. Enrique, inclinó la cabeza, y dulcificando su expresión, se acercó á su hijo, y tomándole la mano con bondad, dijo :

— Perdona, García, si la impaciencia que me ha causado tu inesperada negativa, me ha hecho ser injusto y duro contigo. Conozco la lealtad de tu alma, y por eso he debido sentir más vivamente esa repulsa, que no acierto á explicarme y que causará el más vivo dolor á tu anciano abuelo.

La idea de hacer sufrir la más ligera pena al conde, cuya ternura por D. García no conocía límites, puso en el mayor conflicto al joven, que cayó de rodillas delante de su padre, derramando lágrimas.



— ¡Por piedad! padre mío, ¡por piedad! decía el desventurado, no me alejéis de aquí; buscad algún medio de que se evite ese viaje, cuya sola idea me aterra!

— Explicate, hijo mío, contestó D. Enrique, ¿qué motivo tan poderoso?...

— ¡Oh! no me lo preguntéis, contestó el joven con la más amarga desesperación; respetad ese terrible secreto, cuyo solo peso me abrumba y relevadme de esa comisión.

Don Enrique permaneció en silencio durante un rato. Luchaba entre la idea de imponer á su hijo un sacrificio que veía serle tan doloroso y la consideración de la importancia suma de aquel viaje. El Adelantado vaciló un momento; pero pudo más el pensamiento político que le dominaba, y dijo con entereza:

— No hay remedio, debes partir y partirás.

Don García entonces tomó también su resolución y contestó:

— Bien, señor, se hará lo que gustéis; y tuvo necesidad de apoyarse en un sillón para no caer, pues sentía que las fuerzas le abandonaban.

Don Enrique abrazó á su hijo con efusión, tomó los papeles que había colocado sobre la mesa, y entregándolos á D. García, dijo:

— Aquí tienes la carta credencial de que te he hablado. Esta otra es una circular á las autoridades de las poblaciones del tránsito para que te proporcionen caballos de posta. Va á llevarla ahora mismo un correo que está preparado, á fin de que no tengas la menor demora. Eres joven, fuerte y no te es extraña la fatiga. Cambiando de caballos y no descansando sino lo estrictamente necesario, puedes llegar á San Salvador en dos días y medio; dos horas bastarán para que estés al corriente de cuanto debe revelarte Rubayo; sales inmediatamente de regreso, y caminando con la misma velocidad, emplearás otros dos días y medio en volver. Marcha, pues, ahora



mismo ; nada falta ; marcha. ¡ Cinco días y todo se habrá salvado !

— ¡ Y todo se habrá perdido ! dijo el desventurado joven con la más sombría desesperación, al salir del gabinete para bajar al patio, donde ya le aguardaban criados y caballos.

---



## CAPÍTULO XIII

### Entrevista. — Esperanza frustrada.

Media hora después de haber salido D. García del gabinete del Adelantado, galopaba en el camino que conduce á San Salvador.

Por mucha diligencia que puso en emprender su marcha desde el momento en que el joven se hubo decidido á obedecer la orden de su padre, el tiempo que se empleó en la última parte de la conversación que hemos referido en el capítulo que antecede, fué suficiente para que el paje de D. Enrique corriese á casa de D. Diego de Padilla é informase al cajero mayor de cuanto acababa de escuchar. Al oír aquella revelación terrible, D. Silvestre, sin mostrar alteración alguna, llamó al mayordomo de la casa, hombre joven todavía, resuelto y vigoroso. Escribió cuatro líneas en un papel, que dobló y selló con el mayor cuidado, habló cinco minutos en secreto con el mayordomo, le entregó la carta y le dijo:

— Andando día y noche, sin descanso, bastan treinta y seis horas para la ida y otras treinta y seis para la vuelta.

El mayordomo hizo con la cabeza una señal de asentimiento, y salió.

Diez minutos después, seguido de un lacayo montado que conducía cuatro caballos, enjaezados todos, volaba por el camino de San Salvador. Don García salió con tres cuartos de hora de retardo.



Dejemos á los dos viajeros seguir su marcha precipitada, cuyos resultados sabremos después, y veamos cómo los temores que concibió D. García al emprender aquel viaje fatal, llegaron muy pronto á realizarse.

Varias veces estuvo D. Rodrigo en el palacio del Presidente, en los pocos días que duró la ausencia de D. García; pero sea casualidad, ó cualquiera otra cosa, encontraba siempre el gobernador en compañía de Dña. Elvira á Dña. Guiomar de Escalante. Diríase que al partir el celoso joven, hubiese dejado un centinela tan vigilante como él mismo, encargado de impedir que tuviese lugar una entrevista. Aquella asiduidad cansó al fin á Dña. Elvira, y una noche, cinco días después de la partida del hijo de su marido, se encerró en su habitación, pretextando hallarse indispuesta. Dña. Elvira estaba, pues, completamente sola en su cuarto de labor, pieza que por un gabinetito contiguo comunicaba con la sala del sarao y que además tenía puerta que daba á una de las galerías. Dos ligeros golpes en aquella puerta advirtieron á Dña. Elvira de la llegada de alguno á quien tal vez aguardaba la joven, pues inmediatamente, sin preguntar quién llamaba, se levantó á abrir por sí misma. Era un caballero embozado en una capa de color oscuro. Dejó caer el embozo, y quitándose el sombrero, quedó descubierto el rostro del joven gobernador.

Dña. Elvira, visiblemente inquieta, le hizo seña de que se sentara, y tomando un sillón, se colocó á cierta distancia de D. Rodrigo, que guardó silencio por un momento. Al fin, como haciendo esfuerzos para ocultar la emoción que le dominaba, dijo:

— Perdonad, señora, si me he atrevido á pedir os esta entrevista. He venido tantas veces y siempre os he hallado acompañada, que al fin hube de decidirme á suplicaros me admitieseis por un momento en vuestra presencia, sola y sin testigos.

— Don Rodrigo, contestó Dña. Elvira, que se esforzaba en dominar su agitación; habéis manifestado grande empeño en



hablarme á solas y no he vacilado en recibiros esta noche, considerando que tendréis que revelarme algún secreto importante, cuyo conocimiento interesará sin duda á mi esposo y á mi padre político. El reino está tan revuelto, es tal la agitación en que lo han puesto esas dos familias que se hacen guerra implacable, que temo no pueda conservarse por mucho tiempo la tranquilidad. Decid, pues, que yo os ofrezco hacer un uso discreto de cualquier aviso que me deis.

— No, Dña. Elvira, contestó D. Rodrigo con tristeza; no es de algo que interese á D. Enrique ni al conde de lo que tengo que hablaros. Vengo únicamente á manifestaros la necesidad en que voy á verme, por un motivo que no me es dado revelaros, de salir de esta ciudad y tal vez del reino, y vengo á decir mi último adiós. No he podido resolverme á partir, sin veros por la postrera vez.

Dña. Elvira se puso pálida al oír lo que estaba tan lejos de imaginar, y con voz entrecortada por la emoción, contestó :

— ¿ Os vais, D. Rodrigo ? ¿ Es cierto ? ¿ Y qué motivo puede haber originado resolución tan extraña y repentina ?

— El motivo, señora, contestó el gobernador, debe ser siempre un secreto para vos. Perdonad, pues, si tengo que ocultároslo. Básteos saber que parto con el corazón desgarrado por el dolor y que el recuerdo de lo que dejo, envenenará para siempre mi existencia. Entretanto, vos, Dña. Elvira, para quien la vida se desliza suavemente como un manso arroyo sobre un lecho de flores, sed feliz y no olvidéis del todo al desgraciado Rodrigo.

Al decir esto, el gobernador se levantó para retirarse, tomó el sombrero y dirigiendo á la joven una mirada que revelaba toda la intensidad de su mal comprimido amor, se encaminó á la puerta. Dña. Elvira no fué ya dueña de sí misma. Aquel hombre se llevaba parte de su existencia ; la consideración del aislamiento en que la dejaba la partida de D. Rodrigo le heló la sangre en las venas ; se consideró perdida, desgraciada para



siempre; quiso articular algunas palabras y la voz se ahogó en su garganta. El dolor rebotó en aquel corazón despedazado, y doblegándose bajo su férrea mano, Dña. Elvira se cubrió el rostro y no pudo contener el llanto.

—¿Lloráis? dijo D. Rodrigo con ternura. ¿No os es, pues, enteramente indiferente mi partida? ¡Ah Elvira! Si al menos al alejarme de esta tierra bendecida, en donde dejo la mitad de mi alma, supiera que hay quien sentirá mi ausencia, un corazón cuyos latidos responderán á los del mío, agitado por la más violenta tempestad, sería para mí, os lo juro, menos cruel esta separación. Elvira, Elvira mía, añadió D. Rodrigo con efusión, poniendo una rodilla en tierra y tomando una de las manos de la joven, que estrechaba entre las suyas. Decid una sola palabra que pueda fortalecer mi espíritu abatido en esta vida de martirio que va á comenzar ya para mí.

—¿Y partiréis después? dijo la joven, cuya voz revelaba el combate del amor y el deber que despedazaba su alma.

—Sí, partiré, contestó el gobernador con la más amarga desesperación. Partiré. Me sería imposible, después de haber escuchado esa palabra, veros con resignación en poder de aquel á quien habéis jurado fidelidad ante Dios y ante los hombres. Partiré.

Dña. Elvira separó su mano de las de D. Rodrigo, y cubriéndose el rostro, que inundaban las lágrimas, dijo:

—Os amo, os he amado desde el instante fatal en que os vi. Esta confesión me hace culpable. Huíd, alejaos; salvadme de vos; salvadme de mí misma; no hagáis que sea criminal!

Don Rodrigo no fué dueño de contener un grito de alegría.

—¡Elvira! ¡Elvira! exclamó, ebrio de júbilo, ¿me amas? ¿me amas? ¡Oh felicidad! ¿quién podrá ya separar nuestros corazones?...

En aquel momento se oyeron pasos precipitados en el salón del sarao. Alguno se acercaba. Dña. Elvira tembló al escucharlos, y dijo al gobernador:



— Pronto, pronto ; partid, ó soy perdida. Olvidemos este amor insensato, que condena el deber. Adiós, adiós, para siempre ; para siempre, adiós.

El llanto apenas dejó oír las últimas palabras de la infeliz esposa del Adelantado. Don Rodrigo salvaba ya la puerta que daba á la galería y repetía con acento profundamente triste : ¡Para siempre, adiós ! y desapareció.

Era tiempo. La puerta que daba al gabinete se abrió y apareció D. García de Altamirano, pálido y desfigurado. Doña Elvira, que apenas tuvo tiempo para enjugar sus lágrimas y dominar algún tanto su emoción, levantó la cabeza, y al ver el cambio que cinco días de ausencia habían ocasionado al desgraciado joven, no pudo disimular su asombro.

Levantóse para recibir al hijo de su esposo y con la expresión del más vivo interés, le dijo :

— ¿ Qué es esto, García ? ¿ qué tienes ? este viaje te ha hecho mucho mal, hijo mío ; y tomó al joven una mano, que estaba fría como la de un cadáver.

— Sí, señora, contestó el joven con abatimiento ; me ha hecho mal, más del que puede resistir tal vez mi pobre naturaleza.

Dña. Elvira fijó con bondad sus grandes y expresivos ojos en aquel desgraciado ; pero no acertó á sospechar siquiera el triste y doloroso sentido de aquellas palabras. El amor nos hace egoístas y pone en nuestros ojos una venda que no nos permite ver el mal que ocasionamos.

Dña. Elvira iba á contestar á D. García ; pero en aquel momento entraron en el gabinete el conde de Santiago y su hijo D. Enrique. El anciano estrechó al joven contra su pecho con efusión.

— Bienvenido seas, hijo mío, dijo el conde. Tu padre y yo estábamos ya inquietos. Acabamos de recibir el aviso de tu llegada, y para poder verte y hablarte sin testigos, te he mandado á decir por medio de Adriano, que vinieses á este gabinete, sin pasar por las salas del juego, que están llenas de gente.



— Me lo ha dicho, señor, contestó D. García, y he venido aquí, aun sin haber variado de traje.

El joven estaba efectivamente en completo vestido de camino, cubierto de polvo y abrumado por la fatiga física y moral.

Dña. Elvira, que comprendió iban á ocuparse en negocios relacionados con la repentina marcha de D. García, cuyo objeto no se había tomado el trabajo de preguntar, manifestó que sintiéndose indispuesta, iba á retirarse, lo que verificó inmediatamente, dejando solos á los tres caballeros.

— Y bien, dijo el Adelantado dirigiéndose á D. García, luego que hubo salido su esposa ; supongo que tu viaje ha sido completamente feliz ; ¿ has visto á Rubayo ? ¿ Te lo he revelado todo ? ¿ Tenemos al fin el hilo de esa diabólica conjuración ?

— Padre mío, contestó el joven, siento en el alma tener que deciros que vuestras esperanzas están completamente frustradas. Vuelvo tan ignorante de todo como lo estaba cinco días hace, cuando partí.

Don Enrique echó á su hijo una mirada en que se pintaban la impaciencia y el asombro. Con voz balbuciente dijo :

— ¿ Has desempeñado mal tu encargo ? ¿ Has cometido alguna torpeza que lo ha echado todo á perder ? ; Vive Dios ! añadió con ira ; que si tal ha sucedido, experimentarás los efectos de mi justa cólera.

— Calma, Enrique, calma, dijo el anciano Presidente ; deja hablar á este joven ; es pundonoroso y cumplido : comprende su deber y estoy seguro de que no es culpa suya si no le ha sido dado obtener un buen resultado de su viaje. Explicate, hijo mío, añadió, dirigiéndose á D. García con bondad.

El joven besó con respetuoso afecto la mano del conde, y dijo :

— No es culpa mía, en efecto, si no puedo daros mejor cuenta de mi encargo. Como me estaba prevenido, he caminado día y noche, sin permitirme más que unas pocas horas de descanso. Encontré en las posadas listos los caballos y pude llegar á



San Salvador dos días después de mi salida, á las once de la noche. Sin perder momento, me dirigí á la casa de D. Antonio de Rubayo, y me llamó la atención el encontrarla llena de gente, á pesar de lo avanzado de la hora. Penetré hasta la sala que estaba iluminada, y ¡cuál no sería mi asombro, al encontrar un ensangrentado cadáver!

— ¡Un cadáver! exclamaron al mismo tiempo el Presidente y D. Enrique, estupefactos.

— Sí, un cadáver, replicó el joven. El desgraciado caballero había sido muerto en una riña, según se cree, dos horas antes de mi llegada.

— ¿Y el matador? preguntó el Adelantado.

— Nada se sabía cuando yo salí, que fué á la madrugada del siguiente día, acerca de esto. El Gobernador de la provincia quedaba tomando las providencias más activas para averiguar las circunstancias del hecho.

— ¡Muerto! decía D. Enrique con abatimiento, ¡muerto sin duda por los miembros mismos de esa terrible y misteriosa asociación! ¡Y con él ha sido sepultado el secreto que tanto nos interesaba averiguar! ¡Fatalidad! ¡Ciega y funesta fatalidad!

El anciano Presidente estaba abismado en sus meditaciones. Después de un rato de silencio, el conde se puso en pie y dijo:

— En fin; no hay porqué desesperar. Seguiremos trabajando sin descanso hasta dar con ellos, y ¡ay de los miserables! La justicia será pronta y terrible, y la sangre del desventurado Rubayo caerá sobre la cabeza de su matador. García, dijo al joven, has desempeñado bien tu encargo, aunque el resultado no haya correspondido á nuestras esperanzas. Necesitas de reposo: vete á descansar.

Y habiendo abrazado á su nieto con ternura, salieron los tres del gabinete.

---



## CAPÍTULO XIV

### Un siervo de Dios.

Debemos explicar cómo sucedió que se escapó al Presidente y al Adelantado la ocasión, que consideraban asegurada ya, de descubrir la conjuración de los Nazarenos, que tan inquietos y alarmados los tenía.

Se recordará que en una conversación que tuvo D. Diego de Padilla, en su escritorio, con su cajero mayor, D. Silvestre Alarcón, aludió éste, á propósito del proyectado y convenido robo del libro de los juegos de Palacio, á la circunstancia de estar el joven Adriano, paje de D. Enrique, afiliado en la conjuración. Y era así en verdad. Don Silvestre consideró de la mayor importancia contar con algunos de los individuos de la servidumbre de Palacio, por el gran provecho que de ellos podría sacarse, y logró seducir dos ó tres, entre ellos el paje del Adelantado, mozo muy inteligente y atrevido. Ya hemos visto cómo el resultado correspondió á la esperanza de Alarcón. Adriano, á quien envió D. Enrique á llamar á su hijo, diciéndole que fuese sin pérdida de tiempo, porque el negocio de que iba á hablarle era urgente y grave, creyó deber enterarse del asunto que su amo iba á tratar con D. García; y como tenía naturalmente entrada franca en las habitaciones del Adelantado, pudo con facilidad colocarse detrás de la cortina que cubría la puerta y escuchar lo que dijo D. Enrique sobre la delación de Rubayo. Adriano no aguardó más; voló



en busca de D. Silvestre y temblando le informó de cuanto acababa de oír. El impávido cajero, sin que un solo rasgo de su fisonomía traicionase la emoción de su alma, tomó la pluma y trazó en un papel las siguientes líneas :

“Rubayo nos traiciona. Haced que muera, en duelo, ó como se pueda. Dos horas después de que hayáis recibido esta carta, debe estar todo concluído”.

Esas pocas líneas estaban firmadas con un signo particular, y dirigidas al que hacía de jefe de los conjurados en San Salvador. La orden fué puntualmente obedecida. Recibida á las siete, uno de los Nazarenos, conocido por su valor y destreza en el manejo de las armas, provocó al delator, á quien encontró en la calle. Rubayo se defendió ; pero á los diez minutos de combate, saltó su espada y cayó bañado en su sangre. El hierro de su adversario le había atravesado de parte á parte. Por más activas diligencias que se hicieron, no pudo descubrirse al matador. El mensajero de D. Silvestre Alarcón regresó con la noticia de haber sido ejecutada la terrible orden.

Tan pronto como hubo el cajero de D. Diego de Padilla despachado al mayordomo con el mensaje, creyó conveniente dar parte de lo ocurrido á D. Rodrigo de Arias. Á pesar de la confianza que el mayordomo inspiraba á D. Silvestre, así éste como D. Rodrigo concibieron serias dudas de que pudiese llegar á tiempo la orden, ó de que todo se hiciese de manera que Rubayo muriese en el duelo á que iba á ser provocado, pues Alarcón cuidó de ocultar á D. Rodrigo la parte de la orden relativa á que se acabase con el delator de *cualquier modo*. En la suposición de que pudiese descubrirse la conjuración, el Gobernador y D. Silvestre decidieron que D. Diego convocase á los Nazarenos para proponerles el plan atrevido de hacer estallar una insurrección, saliendo todos los conjurados de la ciudad, con las armas que pudiesen haber á las manos ; reunir á los comprometidos de otras poblaciones, á los sir-



vientes de sus familias y haciendas, y con aquel cuerpo numeroso de gente, resistir á las fuerzas que el Presidente habría de enviar contra ellos. La idea fué acogida con aprobación, como que, aunque muy peligrosa, era la última esperanza de los conspiradores, á quienes no quedaba otra perspectiva que la horea ó el presidio del golfo, cuando menos.

Don Rodrigo consideró, pues, como muy probable que se vería obligado á salir de la ciudad, y con esa idea fué á despedirse de Dña. Elvira, como lo hemos dicho en el capítulo anterior. No era una red tendida á la esposa de D. Enrique lo que le dijo sobre la necesidad en que iba á verse de dejarla. Ya hemos visto cómo la pasión de la joven no supo guardar límites y se desbordó, al anuncio que le hizo su amante de que tendría que repararse de ella.

Don Rodrigo salió del palacio atormentado por la idea de que tal vez no volvería á ver á la mujer á quien amaba y de quien era correspondido, como acababa de oírlo, y de conocerlo por las lágrimas que su despedida le hiciera derramar. El gobernador maldecía la hora en que un violento impulso de ambición le había hecho prestarse á contraer compromisos graves, de los cuales no podía ya retraerse. Embozado hasta los ojos y abismado en sus meditaciones, atravesaba las oscuras y desiertas calles de la capital, volviendo de tiempo en tiempo la cabeza, para divisar entre las sombras los pálidos contornos del vasto edificio que servía de residencia á los capitanes generales, donde en aquel momento se encerraba lo único que podía hacerle amable la existencia. Caminando sin destino fijo, se dirigió hacia el barrio de Santa Cruz, uno de los diez en que se hallaba dividida la ciudad, y del cual dice el crenista Fuentes, en su estilo hiperbólico, que es "donde con más fecunda variedad produce Flora y fertiliza Amalthea derramadas alegres copias en matizados vulgos de varias confusas flores." Don Rodrigo acababa de atravesar la plazoleta de la iglesia del barrio, y tomó una calle estrecha, formada por casas de mise-



rable aspecto. Había andado unos pocos pasos, cuando vió acercarse un hombre, encorvado bajo el peso de otro á quien llevaba á cuestas. Á pesar de lo preocupado que estaba el gobernador con sus pensamientos, le llamó la atención aquel incidente. Se ocultó en el hueco de una puerta y aguardó á que pasase el que conducía tan extraña carga. Poco tardó en acercarse. Parecía ser de mediana estatura; el color del rostro aceitunado: la frente ancha y con una cicatriz bastante visible; el ojo negro y penetrante; la barba crecida y poblada. La expresión de la fisonomía denotaba energía y resolución y al mismo tiempo había en ella algo de esa dulzura angélica que se observa en los retratos del prototipo de la caridad, Vicente de Paúl. Vestía una especie de túnica azul, ceñida á la cintura con una cuerda, á la cual estaba atada una linterna, cuya luz permitió al gobernador ver perfectamente al individuo. El que agobiaba con su peso al sujeto á quien acabamos de describir ligeramente, era un indio miserable, medio desnudo y cubierto de llagas. Don Rodrigo sintió, al ver á aquel hombre, como si un golpe eléctrico hubiese sacudido toda la máquina de su cuerpo. Un sudor frío corrió por su frente y tuvo necesidad de apoyarse contra la puerta. Jamás hasta entonces había visto aquella fisonomía dulce y severa al mismo tiempo; aquellos rasgos profundamente acentuados, que revelaban la abnegación en todo lo que tiene de más grande y más heroico sobre la tierra; y el corazón del joven gobernador, que no había palpitado con más violencia de la ordinaria en medio de los más peligrosos combates, parecía como si fuese á estallar; tal fué la impresión extraordinaria que hizo en aquella alma formada para grandes empresas y que las pasiones mundanas tenían extraviada, la presencia del que estaba destinado por el cielo para ejercer una influencia decisiva en la vida del ilustre vástago de los Arias.

El hombre pasó delante de D. Rodrigo sin verlo al parecer, y entró en una miserable casa cubierta de paja. Siguióle el



gobernador, con la más viva ansiedad, hasta que hubo desaparecido, y luego continuó su marcha, profundamente preocupado.

¿Quién era, pues, aquel extraño personaje, cuya sola presencia hizo tan terrible impresión en aquel joven militar, lleno de ideas y ambiciones profanas y cuyo corazón estaba dominado por una pasión culpable? El nombre de aquel sujeto era Pedro, y su apellido Betancourt; su patria nativa la ciudad de Tenerife, en las islas Canarias, y la de su adopción, desde tres años antes, Guatemala, á quien asombraba ya con el ejercicio de las más heroicas virtudes y con una caridad cuyo ardor no conocía límites. Entonces, como hasta ahora, no se le llamaba más que *el hermano Pedro*, y seguirá llamándosele así, mientras llega el día en que la Iglesia confirme con su fallo el dictado que han añadido al nombre de aquel justo las generaciones que se han hundido ya en la sombra del sepulcro.

La miserable casa donde acababa de entrar el hermano Pedro, había pertenecido á una pobre mujer llamada María Esquivel, muerta pocos días antes, dejando dispuesto se vendiese para costear los gastos de sus más que modestos funerales. El hermano Pedro adquirió aquella casa por la suma de cuarenta pesos que le dieron de limosna el maestro D. Alonso Zapata y D. Francisco Zamora, Relator de la Real Audiencia, pues ni tan exigua cantidad poseía; y en aquella humilde mansión fundó su primer hospital para enfermos convalecientes. Conducíalos él mismo sobre sus espaldas y servíalos personalmente con caridad inagotable, plantando en aquel sitio la primera semilla de un árbol cuyas frondosas ramas debían extenderse, en el porvenir, hasta regiones muy distantes.

Don Rodrigo de Arias no conocía, como ya hemos dicho, al hermano Pedro; y si tal vez oyó hablar de aquel siervo de Dios, pronto había olvidado su nombre. ¿Qué importaba al joven y brillante gobernador aquel humilde asceta, que fundaba un hospital, recogía á los enfermos y los conducía sobre sus



propios hombros, celoso del bien de las almas como un apóstol y candoroso como un niño? El caballero no podía darse cuenta de la extraña impresión que aquel desconocido hacía en él y se dirigía á su casa reflexionando en lo que acababa de presenciar. Al volver una esquina, vió á un hombre que se le acercaba como con cautela. Don Rodrigo, que jamás conoció el miedo, avanzó hacia él y luego pudo distinguir la túnica y el capuz violado de un Nazareno.

— *Malo mori*, dijo en voz muy baja el desconocido al acercarse á D. Rodrigo.

— *Quam fædari*, contestó el gobernador en el mismo tono. Aquella era la significativa divisa de la asociación, cuyos miembros manifestaban con ella su resolución de morir antes que transigir. Dividida en dos partes, servía á los Nazarenos de seña y contraseña para reconocerse, cuando no podían mostrarse la N gótica que llevaban bordada en el pecho y oculta en el jubón.

— Os he buscado toda la noche, señor don Rodrigo, dijo D. Silvestre Alarcón, levantando el capuz que cubría su rostro, y ya casi desesperaba de encontraros.

— ¿Y qué hay? dijo el gobernador, á quien la presencia del Nazareno hizo olvidar, por lo pronto al menos, la idea que le preocupaba. ¿Tenéis algo importante que comunicarme? ¿Ha regresado ya el mensajero?

— Era precisamente lo que venía á deciros, contestó el cajero mayor.

— Y bien, replicó D. Rodrigo, ¿se ha descubierto todo? ¿tenemos que partir?... añadió con inquietud, pues el recuerdo de Dña. Elvira y de su amor volvieron á reanimarse en el corazón impresionable del joven.

— No, señor de Arias, dijo Alarcón; no hay necesidad de que la conspiración tome el carácter de rebelión abierta. Todo se ha hecho como deseábamos. Ved aquí la prueba.

Al decir esto, aquel hombre sin entrañas sacó del seno un



pedazo de paño amarillo manchado de sangre, y con la mayor tranquilidad lo presentó á D. Rodrigo, que no pudo reprimir un movimiento de disgusto.

— ¿Y esto qué significa? preguntó el gobernador.

— Esto significa, dijo D. Silvestre, sin que su voz traicionase la más ligera emoción, que la perfidia ha sido castigada; que Rubayo murió dos horas antes de que llegase D. García, y que ese pedazo de paño que aquí veis, es la insignia de la asociación que llevaba Rubayo, y que, atravesada por el acero vengador, se nos remite como prueba de estar ejecutada la orden.

\* El gobernador permaneció abismado en sus reflexiones; y como en aquel momento hubiesen llegado ya á la puerta de su casa, se despidió de D. Silvestre.

Entró el caballero, y el cajero mayor se dirigió á su casa, para ir á disponer otro golpe de mano no menos audaz que aquel que acababa de desenlazarse tan felizmente para él.

---



## CAPÍTULO XV

### Preparativos. — Una historia interrumpida.

No habrán olvidado nuestros lectores la oferta hecha á D. Diego de Padilla por su cajero mayor de apoderarse del libro en que se asentaban los débitos de los juegos de palacio, antes de que llegase el día en que había de exigirse al último el pago de la suma considerable que, mal ó bien, había perdido, desde que el conde de Santiago estableciera aquel entretenimiento en sus salones. La suma con que la casa de Padilla podía haber contado para satisfacer aquella deuda, que es de esas que los jugadores llaman *de honor*, estaba ya empleada en la atrevida especulación que el cajero mayor imaginara, y en la cual fundaba su esperanza de hacer frente á ciertos compromisos é ir así levantando poco á poco la casa. Era, pues, el apoderarse de aquel libro, cuestión de vida ó de muerte, como ahora se dice, para la familia.

Con la calma y la sangre fría que formaban el fondo de su carácter y que jamás le abandonaban en los lances más apurados, Alarcón tomó sus disposiciones para llevar á cabo la empresa, cuyos peligros no se le ocultaban; pues comprendía perfectamente que un paso en falso en asunto tan delicado, podía llevarle á la horca. Pero aquella alma no era de esas á quienes arredran las dificultades. No amaba el peligro ni lo buscaba innecesariamente; pero jamás lo rehusaba, cuando su propio interés ó el de la familia con la cual había unido irrevo-



cablemente su suerte, le aconsejaban arrostrarlo. ¿Qué queréis? Cada uno es héroe á su modo y la abnegación puede renocer alguna vez un origen muy poco sublime.

Alarcón llamó una noche al escritorio al joven Adriano, paje de D. Enrique, y le hizo sufrir el interrogatorio que transcribimos en seguida, con sus correspondientes respuestas :

— ¿Á cargo de quién corre el cerrar las puertas de los salones de palacio, después que ha concluído el juego?

— Á cargo del paje que está de guardia.

— ¿Cada cuántas noches toca la guardia á cada uno de los pajes?

— Cada cinco noches.

— ¿Cuál fué la última noche que te tocó ese servicio?

El paje reflexionó un momento antes de responder, y luego dijo :

— El martes.

— Es decir, replicó Alarcón, que volverás á estar de turno pasado mañana, sábado.

— Precisamente.

— ¿Quién tiene la llave de la puerta pequeña de palacio que está en la parte de atrás del edificio?

— Esa puerta da al jardín, y la llave está siempre en poder del jardinero.

— ¿Se abre esa puerta frecuentemente?

— No, sino muy de tarde en tarde.

— Para llegar hasta el jardín, desde el interior de palacio, ¿hay otras puertas que se cierran con llave por la noche?

— Ninguna. Como se cierran todas las de las habitaciones y las que caen á la calle, se considera innecesaria esa precaución.

— ¿Podrías apoderarte de la llave de la puerta del jardín?

— Con la mayor facilidad.

— ¿Y de la de la caja que está en el salón azul?

— Por cinco minutos, sí, cuando el mayordomo la deja en



la cerradura, mientras los caballeros asientan sus deudas.

— Bien, dijo D. Silvestre, mañana me traes la llave de la puerta del jardín ; esta noche tomas la del arca, la estampas con cuidado en un pedazo de cera, vuelves á colocarla en la cerradura y me entregas la cera cuando yo salga, situándote al efecto en la galería á donde cae la sala de juego.

— Muy bien, señor, ¿ tenéis otra cosa que ordenar?

— Sí. El sábado me dejarás abierta la puerta de la sala del sarao que da á la galería.

El joven vió con asombro á D. Silvestre antes de contestar. Luego dijo :

— ¿ Pensáis penetrar en la sala? Reflexionad que no está lejos el dormitorio de D. Enrique, y que éste suele permanecer en vela hasta muy tarde.

— Te he llamado para recibir órdenes y no para dar consejos, contestó Alarcón con aire frío y severo.

— Estará abierta la puerta, dijo el paje.

— Perfectamente, añadió D. Silvestre.

— ¿ Tenéis algo más que mandar? preguntó el joven, levantándose para marcharse.

— Nada más, dijo el cajero ;... pero aguarda, agregó, como si le hubiese asaltado repentinamente una idea y dijo :

— ¿ Conociste tú á D. Antonio de Rubayo?

— ¿ Quién? ¿ Ese caballero que iba á denunciar la asociación? Sí, lo conozco ; lo vi algunas veces en palacio cuando vino hace seis meses á solicitar una alcaldía mayor, que por cierto no pudo obtener.

— Bien, dijo Alarcón ; como siempre es grato conservar alguna prenda de una persona importante á quien se ha conocido, y como el nombre de Rubayo va á adquirir cierta celebridad, voy á proporcionarte una reliquia suya.

Al decir esto, D. Silvestre abrió una caja y sacó el retazo de paño amarillo manchado de sangre que había mostrado á D. Rodrigo pocas noches antes.



— ¿Y qué es esto, señor? preguntó Adriano.

— Esto, dijo el cajero, cortando con unas tijeras un pedazo de aquel paño, es la insignia de Nazareno que llevaba al cuello Rubayo, como la llevas tú, añadió, desabotonando el jubón del paje y dejando descubierta la N. Has de saber, continuó el cajero, que esta tela tiene una relación tan íntima con la lengua, que cuando ésta permanece muda, la tela está limpia y entera; y cuando la lengua revela lo que está obligada á callar, la tela se despedaza y se empapa en la sangre del que la lleva. Ahí tienes lo que ha sucedido al pobre Rubayo. Guarda esto en memoria suya.

Y entregó al paje, que había oído aterrado aquella explicación, hecha con tanta sencillez, el retazo de paño con manchas rojas que acababa de cortar de la insignia de Rubayo.

Aquella misma noche Adriano desempeñó con habilidad la comisión de estampar en cera la llave de la caja donde se guardaba el libro de los juegos; lo que pudo ejecutar mientras el mayordomo hacía sentar las partidas de deudas. Salióse al corredor poco antes de que se retirase Alarcón y le entregó el molde, conforme al cual hizo una llave un cerrajero muy hábil y de toda confianza. Al siguiente día le entregó también la llave de la puerta del jardín que había sustraído, estando ausente el jardinero.

Llegó por fin la noche en que debía ejecutarse la atrevida empresa de robar el libro. Alarcón acudió como de costumbre, á la sala de juego, que á eso de las ocho, estaba llena de gente. Aquel día había llegado correo de San Salvador con la noticia de la muerte de Rubayo, que se refería de diferentes maneras, y era el tema general de las conversaciones.

— El pobre D. Antonio, decía D. Carlos Vázquez de Coronado, gastaba pocas precauciones. Era arrojado; salía solo de noche y algunas veces hasta sin armas.

— *Qui amat periculum, peribit in illo*; dijo el Dr. Tafoya.

— Es verdad, contestó el Presidente; pero ahora no ha sido



el desgraciado Rubayo quien buscó el peligro. Regresaba á su casa tranquilamente y á buena hora, cuando fué asaltado por un asesino...

— Sin embargo, replicó D. Isidro de Cepeda, caballero que era partidario de Padilla, parece que más bien fué un duelo que no un asesinato. Dícese que Rubayo se defendió y se encontró su espada desnuda, cuya empuñadura permanecía aún en la mano derecha del muerto.

— Bien instruido estás de los pormenores del lance, dijo, dirigiéndose á D. Isidro, D. Dieguillo el loco, que, como de costumbre, ocupaba su puesto, echado de brazos sobre el respaldo del sillón del conde.

— Yo digo lo que todo el mundo dice; replicó Cepeda.

— *Vox populi, vox Dei*, replicó el canónigo. El hecho debe haber pasado como se ha dicho.

— Además, dijo á la sazón D. Silvestre, parece que en el pobre D. Antonio se ha cumplido aquello de que, quien á cuchillo mata, á cuchillo muere...

— *Omnes enim qui acceperint gladium, gladio peribunt*, dijo Jesucristo, según San Mateo, interrumpió el prebendado, que tenía los textos en la punta de la lengua.

— Dejad, Sr. canónigo, replicó el Presidente, que nos cuente esa historia D. Silvestre, pues barrunto que debe ser interesante. ¿Cómo ha pasado eso?

Entre los que rodeaban la mesa había uno que cuando oyó las palabras enigmáticas que acababa de pronunciar Don Silvestre con relación á Rubayo, se puso pálido como un muerto; y fué, ¿quién lo creyera? D. Dieguillo. Temblaba de pies á cabeza, aguardando lo que continuase diciendo Alarcón, quien con su acostumbrada serenidad, y sin parecer advertir absolutamente la turbación del loco, dijo:

— Efectivamente, fué aquella una aventura extraña; súpela por una casualidad; ofrecí guardar el secreto mientras viviese Rubayo y la desgraciada muerte de ese pobre



caballero, me hace considerarme libre de mi compromiso.

Don Dieguillo habría querido hacerse todo él oídos, para no perder una sola sílaba de aquella relación.

— El suceso, continuó Alarcón, ocurrió hace unos veinticinco años, en León de Nicaragua.

Al oír esto, la inquietud del loco pareció subir de punto.

— Proseguid, dijo el conde.

— Don Antonio, continuó el cajero, fué muy culpable ; pero mucho más criminal que él, fué otro sujeto, llamado...

— Don Dieguillo, dijo el conde, ¿qué haces que me mueves así la silla? ¿quieres dejarme en paz?

El loco, que temblaba como la hoja en el árbol, no contestó una palabra ; y el implacable Alarcón siguió su historia.

— Llamábase, decía yo, el principal culpable... Pongo quinientos pesos al siete, dijo D. Silvestre interrumpiéndose.

Don Antonio de Montúfar, que tenía la banca, talló, sacó cinco cartas, y á la sexta vino un siete.

— Perdí, dijo Alarcón, y añadió : llamábase D. Pedro de Uceda.

Don Dieguillo no fué ya dueño de contenerse y dejó escapar un débil grito.

— Puedes marcharte de aquí, dijo el Presidente, sin volver la cara, ó te mando poner en la calle.

El viejecillo se retiró á un rincón, sin articular una palabra, y D. Silvestre dijo :

— Ese D. Pedro de Uceda, que era un grandísimo malvado, tenía un hermano, llamado D. Fernando, tan cumplido caballero, como era el otro abominable. Casó D. Fernando con una joven hermosa y honesta, llamada Dña. Margarita de la Palma, con cuyo amor vivía completamente feliz el caballero, que á fuerza de inteligencia y de trabajo, había llegado á reunir un capital considerable. Dos años duró aquella felicidad, que fué á perturbar la codicia que se despertó en el hermano de D. Fernando, de apoderarse de sus bienes, y el deseo



vehemente que concibió D. Antonio de Rubayo, (que había ido á León por cierto negocio comercial,) de poseer á la joven, de quien se apasionó vivamente.

— Ochocientos pesos al caballo, dijo Alarcón.

Montúfar tenía un cinco de copas, talló, salió un cinco de bastos; Alarcón recogió sus fichas y continuó diciendo :

— Pusiéronse de acuerdo Rubayo y D. Pedro de Uceda, para ejecutar sus planes, y dieron traza y modo de deshacerse del pobre caballero...

Al distribuir de nuevo las cartas, el capitán Montúfar puso una sota de oros delante de Alarcón, quien, con la mayor indiferencia, tomó cuatro fichas, cada una de las cuales representaba el valor de mil pesos, y las colocó sobre su carta. Mientras tallaba D. Antonio, dieron las doce en el reloj de palacio. Todos guardaban profundo silencio. Don Silvestre contó una por una las campanadas, y al oír la última, se puso en pie y dijo :

— Pídoos mil perdones, caballeros, si tengo que dejar para mañana la conclusión de la triste historia de D. Fernando de Uceda. Son las doce y no acostumbro estar más que diez minutos después de pasada esa hora fuera de mi casa.

— Pero, ¿y la apuesta considerable que acabáis de hacer? dijo Montúfar. ¿No aguardáis á ver su resultado?

— ¿Y para qué? contestó Alarcón; mañana me diréis, Sr. D. Antonio, si os favoreció la sota.

Dicho esto, se levantó con su acostumbrada impasibilidad, saludó cortesmente y salió del salón.

— ¡Qué hombre! dijo D. Pedro Criado de Castilla, es de piedra de cantería, como la picota que está en la plaza.

— *Si fractus illabatur orbis...* comenzó á decir el Dr. Tafoya; pero no concluyó, según parece, porque no pudo acordarse del *impavidum ferient ruinæ*.

Entretanto, el capitán Montúfar siguió tallando, y D. Silvestre, atravesando los corredores, oscuros ya y desiertos, en



vez de dirigirse á la puerta que daba á la calle, se encaminó hacia un rincón del patio, donde estaba desenganchado uno de los coches de palacio. Abrió la portezuela, se metió en el carruaje y se tendió tranquilamente en el asiento de la testera.

---



## CAPÍTULO XVI

### **El libro verde. — Fin de una historia comenzada.**

No era un simple capricho y menos una vana ostentación lo que había inducido á D. Silvestre á poner sobre su carta aquellas cuatro fichas, cada una de las cuales representaba el valor de mil pesos. Esa apuesta considerable y la circunstancia misma de levantarse de la mesa de juego sin aguardar á ver el resultado, tenían objeto, como todo cuanto hacía aquel hombre, esencialmente práctico. Habiendo resuelto quedarse en el interior del palacio, para llevar á cabo la sustracción del libro, convenía á D. Silvestre retirarse solo, y no en compañía de otros de los jugadores, como sucedía casi todas las noches. Para llamarles, pues, la atención y que nadie se moviese mientras él salía, arriesgó aquellos cuatro mil pesos, con la misma imperturbabilidad con que habría arriesgado cuarenta mil, si hubiese sido necesario.

Una vez metido dentro del coche, D. Silvestre aguardó á que se retirasen los caballeros, que á eso de la una, comenzaron á salir, conversando alegremente.

— Si Alarcón se aguarda dos minutos solamente, decía Don Simón Frens Porté, habría visto el resultado de su apuesta. Cuatro mil duros no son una bicoa.

— ¿Y qué importa eso al que tiene en sus manos, dijo el capitán Montúfar, la inmensa fortuna de la casa de Padilla? Alarcón perdió, pero veréis cómo recibe mañana la noticia con



la misma indiferencia con que oiría decir que le hubiese yo ganado, no cuatro mil duros, sino cuatro maravedises.

Los caballeros pasaron de largo, y D. Silvestre, que efectivamente había escuchado cuál fuera el resultado de su apuesta, permaneció tan tranquilo, como lo decía D. Antonio de Montúfar.

Pocos momentos después, no quedaba ya en el palacio persona alguna de fuera, con excepción de la que ocupaba el coche. Don Silvestre oyó cerrar una por una las puertas de las habitaciones y advirtió que iban quedando éstas oscuras, pues dejaba ya de verse la luz al través de los vidrios de las ventanas y de las hendeduras de las puertas. Al fin pareció todo sosegado. No se oía sino el *alerta* que daba de cuando en cuando una centinela colocada en una especie de reducto que había en el palacio, sobre la azotea, y cuyos vestigios se descubren todavía. El reloj de la catedral dió las dos. Alarcón salió del coche y se dirigió á la puerta de la sala del sarao, que Adriano debía haber dejado abierta, en virtud de sus prevenciones. Acercóse con precaución, empujó la puerta y cedió sin hacer ruido, dando entrada al cajero, que se encontró así muy cerca del objeto que buscaba. Pasó al salón azul, escasamente iluminado con la moribunda luz que despedían dos ó tres bujías, cuyos últimos restos ardían aún en la araña. Alarcón vió perfectamente la caja, sacó la llave que había mandado hacer por el molde que tomó Adriano, introdújola en la cerradura y no pudo abrir. Hizo una nueva tentativa; la repitió tres veces y siempre encontró la misma resistencia. Empezaba á perder la esperanza de abrir y se sentía inclinado á procurar romper la cerradura con la punta de su puñal, aun á riesgo de despertar á la gente de palacio, cuando, en virtud de un nuevo y desesperado esfuerzo, las guarniciones de la llave vencieron la resistencia que encontraban y el pasador corrió, lanzando un agudo chirrido. Esto, levantar la tapa del arca y tomar el libro forrado de terciopelo verde, fué todo uno. Don Silvestre



no cuidó de volver á cerrar ; colocó el libro bajo su brazo derecho y se volvió para dirigirse á la puerta.

Pero ; cuál no sería su sorpresa, al encotrarse frente á frente de un hombre que se había colocado tras él sin que le viese ni le oyese acercarse ! Era D. Dieguillo, que habiéndose quedado en el rincón donde se agazapó cuando refería Don Silvestre la historia de D. Fernando de Uceda, permaneció allá embebido en sus reflexiones, de que le sacó la extraña y para él inexplicable aparición del cajero mayor en aquel sitio y á aquella hora. El viejecillo contempló durante un rato á D. Silvestre, á la escasa luz que despedían las velas próximas á concluir, y le dijo con una sonrisa satánica :

— Buenas noches, señor D. Silvestre Alarcón ; no esperaba yo tener el gusto de veros por acá tan tarde. ¿ Puede saberse cuál es el asunto tan grave que os ha traído á este sitio en una hora tan avanzada ?

Don Silvestre, que había tenido ya tiempo para recobrar su sangre fría y dominar la impresión que le causó de pronto el encontrarse con un testigo de su robo, contestó con voz firme y tranquila :

— Buenas noches, ó mejor dicho buenos días, D. Dieguillo. Deseáis saber cuál es el objeto que aquí me ha traído, y como soy bastante cortés para no dejar sin respuesta una pregunta de un caballero de vuestras circunstancias, os diré que he venido únicamente á tomar el libro de caja de los juegos ; como que aquí lo tenéis.

Al decir esto, D. Silvestre se desembozó y mostró al viejecillo el libro verde.

— ¿ Y podrá saberse qué es lo que pensáis hacer de ese libro, señor don Silvestre ? preguntó D. Dieguillo.

— ¡ Oh ! sois muy curioso, amigo mío, replicó Alarcón. Reflexionad, añadió, que en este libro se asientan las partidas de pérdidas ; que hay en él constancia de débitos considerables de personas con quienes estoy ligado íntimamente, y con esto ya



comprenderéis el interés que tengo en que este libro desaparezca.

— Es decir, observó D. Dieguillo, que lo que hacéis se llama en buen castellano un robo.

— Creo efectivamente que ese es su nombre, replicó Alarcón.

— ¿Y sabéis, dijo D. Dieguillo, á dónde puede conducirnos ese robo?

— Pues no me parece difícil acertarlo, contestó D. Silvestre sonriendo. Á la cárcel primero, y de la cárcel á la horca.

La impasibilidad de aquel hombre aturdió al viejecillo, que sin embargo volvió á la carga, diciendo :

— Según eso, veis perfectamente que vuestra suerte está en mis manos y que no tengo más que hablar una palabra, para haceros andar el camino que habéis trazado con tanta serenidad.

— Eso de que mi suerte esté en vuestras manos, D. Dieguillo, replicó Alarcón, es exacto hasta cierto punto. Podéis delatarme, no lo niego ; pero yo os conozco lo suficiente para comprender que bajo vuestra locura aparente y de pura conveniencia, tenéis bastante talento para no hacer un enorme disparate.

— ¿Y por qué sería disparate, preguntó D. Dieguillo sonriendo con aire de mofa, el enviaros á la horca, señor don Silvestre?

— Porque entonces, contestó Alarcón sencillamente, os privaríais de acabar de oír, de mi propia boca, la conclusión de la historia de D. Fernando de Uceda, en la que tanto os interesasteis anoche, y tendríais que conformaros con leerla en algún proceso, donde perdería probablemente la mitad de la gracia.

Al escuchar aquellas palabras, D. Dieguillo comenzó á temblar como un azogado y balbuceó dos ó tres frases sin sentido alguno. Alarcón continuó diciendo :

— Eso sería una lástima. Y como puede muy bien suceder



que, por uno ú otro camino, suba yo al puesto elevado que vuestra amistad parece desearme, voy á acabar de referiros esa historia, haciéndolo en breves palabras, porque no quiero cansaros. Sentémonos, añadió D. Silvestre, aproximando dos taburetes y colocándose en uno de ellos. Don Dieguillo permaneció en pie, como el reo delante de su juez.

— Habíamos quedado, si no me engaño, continuó diciendo Alarcón, en el punto en que D. Pedro de Uceda y D. Antonio de Rubayo convinieron en dar muerte á D. Fernando, con el objeto de entrar en posesión de los bienes, el primero; y para lograr sus pretensiones amorosas con Dña. Margarita de la Palma, el segundo. Ganaron á un esclavo de D. Fernando, llamado Fernández, quien les proporcionó el poder penetrar una noche hasta la cámara de su amo. Cuando los asesinos, enmascarados y cubiertos con disfraces, entraron en la alcoba, los dos desgraciados esposos dormían tranquilamente. Don Pedro y Rubayo se arrojaron sobre D. Fernando y le dieron de puñaladas, sin que el desventurado tuviese tiempo para defenderse. Entretanto el esclavo se echó sobre su señora, á quien puso una mordaza, y la maniató, atándola en seguida fuertemente al pie de la cama, donde quedaba su marido exánime. Ejecutado el crimen, los asesinos se marcharon, para aguardar el resultado. Al siguiente día los criados de la casa, viendo que pasaba la hora en que sus señores acostumbraban levantarse, entraron en la alcoba, y encontrando á Dña. Margarita atada y con una mordaza y á su esposo convertido en un cadáver, dieron voces y alarmaron al vecindario. Acudió la justicia, tomaron declaración á la señora; pero no pudo absolutamente dar el menor indicio de los autores de aquel crimen. Avisaron á D. Pedro y á D. Antonio, que había ido á arreglar ciertos negocios de comercio con D. Fernando, y ambos hicieron los mayores extremos de dolor, en presencia de aquella desgracia. Don Pedro entró á poco en posesión de la herencia, pues D. Fernando no dejó sucesión,



y Dña. Margarita se encontró poco menos que en la miseria. Fernández obtuvo su carta de libertad y además una cantidad considerable de dinero, con la que se creyó haber comprado su silencio para siempre.

Rubayo fué poco á poco insinuándose en el ánimo de la joven viuda, que acabó por ceder á las vivas instancias del caballero, que le había ofrecido hacerla su esposa. Pero aquella promesa no llegó á realizarse. Rubayo difería el cumplimiento de ella con diferentes pretextos y la pobre joven, cada día más apasionada del asesino de su marido, no tenía fuerzas para romper aquellas relaciones. Pasaron así algún tiempo, durante el cual, D. Pedro, que había ido á establecerse en Granada, disipó una gran parte de su mal adquirida fortuna.

En aquella época hube yo de pasar á León por ciertos negocios de la casa de Padilla, para cuyo esclarecimiento tuve necesidad de tocar con la viuda de Uceda. La vi frecuentemente y llegó á adquirir confianza conmigo, participándome la pena que le causaba su equívoca posición. Pero he aquí que repentinamente sucedió que Fernández, el antiguo esclavo, cómplice en el asesinato de D. Fernando, enfermó de gravedad; y viendo próximo su fin, acosado por los remordimientos, llamó á Dña. Margarita y le hizo una confesión clara y entera de cuanto había pasado; entregándole un papel, escrito y firmado de su mano, en el que refería el hecho con todas sus horrorosas circunstancias. Rubayo estaba ausente de la ciudad, y por supuesto nada supo de pronto de la terrible revelación hecha por Fernández, poco antes de morir. Dña. Margarita hizo que me llamasen con urgencia. Fui inmediatamente; la encontré pálida y desencajada, tenía en la mano el papel de Fernández, á cuyo pie había escrito dos líneas, en que declaraba cómo y en qué circunstancias había llegado á su poder. La infeliz señora estaba casi trastornada. ¡Amaba todavía al asesino de su esposo! Me suplicó fuese yo el depositario del escrito que contenía tan horroroso secreto y me hizo jurar que



no lo revelaría, mientras viviese Rubayo, á quien no quería comprometer. Juré guardar reserva y recibí el papel por complacerla. Dirigí á la infeliz señora algunas expresiones de consuelo y me retiré, dejándola entregada á la más amarga desesperación. Rubayo debía llegar al siguiente día. La viuda no se sentía con fuerza para hacer lo que exigía su deber, y en aquel conflicto, fuertemente alteradas sus facultades mentales, puso fin á su vida, ahorcándose con una soga que hizo de las sábanas de su cama. Dejó en su mesa un papel dirigido á Rubayo, que contenía estas solas palabras : « Lo sé todo. Huid y que Dios os perdone, como yo os perdono. » Al siguiente día, cuando llegó D. Antonio, se encontró con aquel horroroso espectáculo y con el papel, que le heló la sangre en las venas. Llamó inmediatamente á D. Pedro, y resolvieron ambos marcharse sin pérdida de tiempo. Yo pude ver entonces á D. Pedro, sin que él me viese á mí, habiendo pedido á un amigo que me le mostrase. Era un hombre pequeño de cuerpo, de vuestra misma estatura, poco más ó menos, D. Dieguillo ; de fisonomía poco agradable ; perdonad, como la vuestra ; y muy parecido á vos en las facciones, únicamente que él no estaba como los estáis vos, picado de viruelas. Rubayo dijo que no podía permanecer en un lugar donde había sucedido tal desgracia á la que iba á ser su esposa y se vino á Guatemala. Don Pedro, más precavido, no se consideró seguro en el reino, y se fué á México, donde se estableció con otro nombre y apellido. Allá acabó con los restos de la hacienda de su hermano, llevando una vida disipada, sin duda para ahogar el grito acusador de su conciencia. Á poco cayó gravemente enfermo con viruelas y fué conducido á un hospital. Se logró salvarle la vida ; pero quedó tan desfigurado, que era necesario tener mucha memoria y un espíritu de observación tan ejercitado como el mío, por ejemplo, para haberle reconocido. Al salir del hospital, encontré en la mayor miseria, y después de haber buscado en vano algunas



colocaciones, acabó por ser recibido como criado en la casa del conde de Calimaya. Yo estuve en México en aquel tiempo, y un día vi al conde en el paseo, seguido de su servidumbre. Llamóme la atención uno de los lacayos, que me recordó el aire del cuerpo y las facciones de D. Pedro de Uceda. Me aproximé sin que el individuo lo notara y pude convencerme de la certeza de mi juicio. Era el mismo. Siguió al servicio del conde, cuya atención llamó por su malicia y agudeza, y de simple lacayo, ascendió al honroso empleo de bufón, vistiendo con extravagancia y permitiéndose ciertas libertades, aun con su mismo amo. Ese ladrón y fraticida, ese D. Pedro de Uceda, que se llamó después D. Diego de Arana, se llama hoy ¿sabéis cómo? D. Dieguillo, y desempeña el empleo de truhán en casa de un grande.

Don Silvestre dejó de hablar. Don Dieguillo, aterrado, cayó de rodillas delante de Alarcón, y le dijo con voz balbuciente :

— Por piedad, D. Silvestre, callad; olvidad esa terrible historia, ó soy perdido, perdido sin remedio.

— Bien, callaré, respondió Alarcón. Ya veis que no es tan sencillo como creíais el disponer de mi suerte. Ese papel que os llevaría á vos también á la horca, está en lugar seguro, y á un simple aviso mío, irá á poder de la justicia. Vuestra discreción y reserva guardarán de hoy más vuestra cabeza; tenedlo entendido, Sr. D. Pedro de Uceda.

Dicho esto, Alarcón se levantó y se salió de la sala, buscando los corredores que conducían á la puerta del jardín, cuya llave tenía. Don Dieguillo permaneció delante de la caja abierta, abrumado por la terrible historia que acababa de escuchar.

---



## CAPÍTULO XVII

### Un sepulcro vacío.

Alarcón atravesó corredores y patios sin encontrar alma viviente. Penetró en el jardín y con la llave que le había proporcionado Adriano, abrió la puerta que daba á la calle. Eran las tres de la mañana. Don Silvestre se dirigió á la catedral y dió tres golpes en la puerta de la iglesia que mira hacia el poniente. Aquella era, sin duda, una señal convenida de antemano, pues inmediatamente se abrió la puerta, asomando un anciano en jubón y calzón negro.

— *Malo mori*, dijo D. Silvestre.

— *Quam fœdari*, contestó el viejo y dió paso á Alarcón.

— Quedaos aquí y guardad la puerta, dijo D. Silvestre.

— Se hará como mandáis, replicó el sacristán, pues no era otro el que acababa de abrir.

La espaciosa iglesia estaba iluminada muy débilmente, con la luz incierta y escasa de algunas lámparas que pendían en las capillas. Aquella tenue claridad se desparramaba sobre las laboresafiligranadas que revestían las macizas columnas y las paredes del templo; labores que parecían oscilar, por un efecto de óptica, producido por la tembladora luz de las lámparas. Una alma menos fría que la de D. Silvestre, habría experimentado una emoción profunda en medio de aquel vasto edificio, al cual la hora, la soledad y el silencio daban un no sé qué de poético y solemne. La religión y la poesía son hermanas; pero Alarcón no tenía nada de poeta, y si alguna vez había sido religioso, hacía mucho tiempo que el asiduo cuidado de



intereses mundanos extinguiera en su corazón todo sentimiento de piedad. Sin ser lo que se llama incrédulo, D. Silvestre veía con indiferencia completa las ideas y prácticas religiosas, no considerándolas de utilidad inmediata. Atravesó, pues, las espaciosas naves sin que su espíritu experimentara la más ligera emoción y se dirigió á la capilla del Socorro.

Nuestros lectores no deben olvidar que no estamos en la catedral arruinada por los terremotos de 1773 y por el abandono en que después estuvo aquella iglesia, sino en la que se levantaba, en el mismo sitio, que comenzó á deteriorarse desde el año 1660 y que fué demolida para fabricar la actual, cuya dedicación se verificó en 1680.

Hemos dicho que se dirigió D. Silvestre á la capilla del Socorro, y con lo que ya se ha manifestado acerca de los sentimientos del cajero mayor, bien se comprenderá que no iba á aquel sitio para dirigir sus oraciones á la madre del Redentor del mundo. Alarcón buscaba una tumba, no para meditar en el fin del hombre, ni para procurar sorprender los terribles secretos de la muerte, sino para hacer, en cierto modo, cómplice á un sepulcro vacío del robo que acababa de ejecutar en el palacio de la presidencia.

Á un lado del altar de la capilla había una ventana rasgada, guarnecida con un balcón de hierro, y bajo el arco, de orden corintio, en que estaba abierta esa ventana, entre ésta y el pavimento de la iglesia, se veía una estatua de mármol de Génova, de tamaño natural y puesta de rodillas sobre un pedestal poco elevado. En el pavimento, al pie de aquella estatua, estaba cavado un sepulcro, sobre el cual se leía, escrita en grandes caracteres de oro, la siguiente inscripción :

ALVARUS. MARCHIO. DE LORENZANA. HARUM  
GOATHEMALENSIUM. PROVINCiarUM. A PAGE. ET BELLO  
REGHQUE. SENATUS. MAGISTRATUS. SUPREMUS. PIETATE  
ET RELIGIONE. MOTUS. HOC. EREXIT. CENOTAPHIUM  
SARCOPHAGUM. IGNORAT. M.DC.XLI.



La estatua representaba al que debía haber ocupado el sepulcro, y que mandó erigir aquel monumento, D. Álvaro de Quiñones Osorio, Marqués de Lorenzana, presidente, gobernador y capitán general del reino de Guatemala. Eligió aquel sitio para que descansasen sus cenizas; pero estaba dispuesto que el pobre marqués tuviese menos estrecha sepultura. Dióselo muy amplia á él y á toda su familia la inmensidad del mar, naufragando en el Papagayo el buque que los conducía á Panamá, catástrofe que presencié D. Tomás de Carranza, el que figura en esta narración y que salvó milagrosamente de aquel riesgo. Los que demolieron la antigua catedral debieron haber conservado aquella estatua del marqués de Lorenzana y aquel poético sepulcro vacío, ya que no por respeto al derecho adquirido, mediante la compra del sitio y la fundación de una capellanía, al menos por ser, estatua y sepulcro, un curioso monumento histórico. Pero los demoledores de todas las épocas y de todos los países hacen tanto caso del derecho como de la historia; y puesto que no alcanzaron misericordia los restos del fundador de Guatemala, D. Pedro de Alvarado, y los de su esposa Dña. Beatriz, que también tenían sepultura propia y fundaciones en la capilla de San Pedro de la misma catedral, menos podían esperarla la tumba y la efigie de D. Álvaro.

Don Silvestre se acercó al sepulcro y se inclinó para agarrar las argollas de bronce dispuestas con el fin de poder levantar la pesada losa. El sombrero y la capa estorbaban la operación; D. Silvestre colocó aquél en la cabeza y suspendió ésta en los hombros de la estatua. ¡Extraña figura hacía aquella representación de un caballero arrodillado, con la capa al hombro y el sombrero calado hasta los ojos! El escéptico Alarcón no pudo menos que sonreírse al verla. Con bastante dificultad logró levantar la tapa, colocó en la cavidad el libro de los juegos de palacio y dejó caer la losa, que hizo un ruido, cuyo eco retumbó en la concavidad de las bóvedas, turbando el sueño de las aves nocturnas que dormían en las torres. Una



golondrina atolondrada y soñolienta, cruzó revoloteando por encima de la cabeza de D. Silvestre, fué á estrellarse contra la lámpara que ardía delante del altar de la Virgen y apagó la única luz que iluminaba débilmente la capilla. Un hombre menos impávido que Alarcón, habría experimentado algún terror al encontrarse solo y á oscuras en aquel vasto edificio : pero el que arrostraba sereno los peligros, ¿qué podía temer en una iglesia oscura, donde no había otra persona sino él? Trató de retirarse, buscó á tientas la estatua, tomó el sombrero y luego quiso descolgar la capa; pero ésta se resistió, como si el marqués hubiera querido conservar aquella prenda del que había ido á profanar su sepulcro, destinándolo á guardar un objeto robado. Alarcón era animoso; pero al sentir que le retenían la capa, no pudiendo ver, á causa de la oscuridad de la capilla, lo que ocasionaba aquel extraño incidente, no pudo dejar de entremecerse. Volvió á tirar con más fuerza y encontró la misma resistencia. Don Silvestre experimentó entonces en su interior una sensación extraordinaria é indefinible, que no recordaba haber sentido jamás desde que estuvo en edad de darse cuenta de sus impresiones. Comprimiósele el corazón, erizáronsele los cabellos, temblábanle las piernas y un sudor frío corría por su frente. ¿Por qué negarlo? Don Silvestre era hombre; como tal, sujeto á las debilidades humanas y en aquel momento tuvo miedo. Acosado por aquel sentimiento inexplicable, estuvo á punto de echar á correr en la oscuridad, dejando allí la capa. Pero afortunadamente para él, pudo dominar aquella impresión y reflexionó sobre las consecuencias que debería producir el encuentro de aquel objeto. Comprendió que si lo dejaba allí, era hombre perdido; y sacando, como suele decirse, fuerzas de flaqueza, se propuso averiguar la causa de aquel fenómeno. Tiró de nuevo, y encontrando siempre resistencia, fué bajando la mano, en busca del punto por donde parecía estar detenida la capa. Al fin pudo advertir lo que originaba aquel incidente. Colocada sobre el hombro de la



estatua arrodillada, la capa arrastraba sobre la sepultura. Cuando D. Silvestre levantó la losa, se introdujo una de las orillas y quedó cogida, sin que Alarcón pudiera notarlo, al dejar caer la tapa del sepulcro. Hizo esfuerzos para volver á levantarla, y dificultándosele el conseguirlo, temiendo entrase la mañana y llegase la hora de abrir la iglesia, lo cual en aquel tiempo se hacía mucho más temprano que hoy, resolvió salir de la dificultad, cortando el pedazo de capa que estaba cogido. Hízolo así, sirviéndose del puñal con que iba armado, y una vez verificada la operación, buscó la salida de la capilla, que no tardó en encontrar. Atravesó las naves y pronto llegó á la puerta, donde le aguardaba el sacristán, con la exactitud de una centinela que obedece á su consigna.

No indagó el objeto de la extraña visita de Alarcón. Afiliado, como ha podido comprenderse, en la asociación de los Nazarenos, recibió orden de abrir la puerta de la catedral á uno de los principales miembros de la liga, que se daría á conocer por medio de la fórmula acostumbrada, y cumplió, como se ha visto, sin más averiguación. Don Silvestre había elegido el sepulcro del marqués de Lorenzana para depositar el libro robado, porque no lo consideraba seguro en casa de D. Diego de Padilla. Á pesar de lo que había dicho á su patrón sobre no haber probabilidad de que sospechasen de él, D. Silvestre temía que se atribuyese la sustracción á D. Diego, como uno de los más interesados en la desaparición del libro y consideró probable se hiciese un registro en la casa. Tampoco se atrevió á depositarlo en la de alguno de los deudos de la familia, pues el secreto no debía pasar de D. Diego y él; ni en la de los Nazarenos, donde tenían franca entrada todos los miembros de la asociación; y así, después de mucho meditar, hubo de fijarse en aquella tumba, propiedad respetada de una familia, que nadie había de tocar.

Satisfecho de su elección y de la manera en que había ejecutado su proyecto, D. Silvestre se dirigió á su casa, donde le



aguardaba D. Diego, impaciente é inquieto por saber el resultado de aquella peligrosa aventura. Le refirió Alarcón todo lo ocurrido, menos el miedo que sintió en la capilla del Socorro, á causa de la cogida de la capa. Harto le pesaba el haber caído en aquella debilidad, y no había para qué dar cuenta de ella á nadie. Don Diego oyó con alegría la relación que le hizo su cajero mayor, y se retiró á descansar, repitiéndole con la expresión de la más viva gratitud, que lo había salvado.

Entretanto, volvamos por un momento al salón azul de palacio, donde dejamos hace poco más de una hora al pobre Don Dieguillo, ó sea D. Pedro de Uceda, abrumado por la terrible historia que acababa de oír de boca de Alarcón. El anciano se sentó en un taburete, junto á la caja vacía, de la cual había sido extraído el libro y comenzaba á reflexionar sobre su situación, cuando oyó pasos en el salón del sarao. Púsose en pie para retirarse; pero desgraciadamente para él, era ya tarde. Cuando se encaminaba hacia la puerta, se presentó el Adelantado de Filipinas, á medio vestir y con una vela en la mano. Don Dieguillo estaba en pie todavía, cerca de la caja abierta. Don Enrique había escuchado un rumor confuso desde su cuarto, que, como dijo Adriano á D. Silvestre, no estaba distante. Se levantó, encendió una vela y fué á ver lo que ocasionaba aquel rumor. Sorprendido quedó al ver al bufón, y más aún al notar que estaba abierta el arca. Avanzó sin decir palabra, acercó la vela á la caja, y advirtiéndole la falta del libro de los juegos, dijo al loco, que temblaba de pies á cabeza:

— ¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué está abierta el arca y qué ha sido del libro?

Don Dieguillo no sabía qué responder á aquellas preguntas, no atreviéndose en manera alguna á acusar á Alarcón, persuadido de que una palabra imprudente habría de costarle muy cara.

— ¿Qué hago aquí? contestó el bufón; yo mismo no lo sé. ¿Cómo ha desaparecido ese libro? No acertaré á explicarlo. Lo



único que puedo aseguraros, es que soy inocente, completamente inocente de cuanto ha pasado.

— ¡ Inocente ! replicó D. Enrique, encolerizándose. ¡ Inocente ! Y te hallo junto á la caja abierta de donde acaba de ser extraído el libro ! ¡ Miserable truhán ! añadió agarrando por el cuello á D. Dieguillo, dí qué has hecho de ese libro.

— Señor, por el alma de mi padre, contestó el anciano, os juro que no sé de él.

— ¡ Que no sabes ! Pues bien ; yo haré que declares por fuerza lo que no quieres confesar de grado. —

Dicho esto, D. Enrique volvió á sus habitaciones ; llamó á Adriano, que era, como ya se ha dicho, el paje de guardia aquella noche y le dijo dos palabras al oído. Cinco minutos después entraron en el salón azul un oficial y cuatro arcabuceros, ataron fuertemente á D. Dieguillo por los codos y le condujeron á la cárcel del palacio.

---



## CAPÍTULO XVIII

**Donde se ve cómo perdiendo un camino, puede llegar á descubrirse un secreto importante.**

Cuando se verificaban los acontecimientos de que hemos dado cuenta en los últimos capítulos, corría ya el mes de julio y la estación de las aguas estaba formalmente entablada.

Una noche de las primeras del mes, un caminante, joven de unos veintidós años, llegaba á la puerta de un miserable rancho, bastante extraviado del camino real de Acajutla á Guatemala, que había perdido hacía más de media hora, separándose de los criados que le acompañaban. La oscuridad era profunda y la lluvia, que había comenzado desde las cuatro de la tarde, continuaba cayendo á torrentes hasta aquella hora, que serían las ocho de la noche. El viajero estaba completamente calado y maldecía la imprudencia de los sirvientes que se habían ido quedando atrás, dando lugar á que él, poco ó nada práctico en los caminos, tomase una vereda y se extraviase. Después de haber andado y desandado en diferentes direcciones, el joven oyó á cierta distancia ladridos de perros, indicio seguro de que no estaba muy lejana alguna ranchería. Guiándose por aquella señal, fué siguiendo un estrecho sendero y pronto divisó la luz de la choza, á cuya puerta acababa de llegar, como hemos dicho. Los fieles guardianes de aquella pobre casa, perdida entre los montes, poco acostumbrados á visitas extrañas, redoblaron sus ladridos desde que advirtieron, por el olfato, que se



acercaba algún desconocido. Cuando el caballo del viajero paró á la puerta del rancho, que estaba abierta, los perros se lanzaron furiosos, como si quisiesen devorar al caballero y á la cabalgadura ; pero inmediatamente salió tras ellos una negra de raza pura y que parecía tener unos cuarenta años. Al verla, el viajero gritó con tono imperioso :

— ¡ Contengan esos malditos animales ! .

— ¡ Juicio, Cachorro ; aquí, Plutón ; silencio, Leona ! dijo la mujer ; lo cual fué suficiente para que los tres animales se sosegasen y fuesen á echarse, aunque refunfuñando todavía, á los pies de la negra.

— ¿ Podrán dar posada para pasar la noche ? preguntó el caballero en el mismo estilo con que había pronunciado las primeras palabras.

— ¿ Cómo no, señor ? contestó la mujer, en ese tono humilde y complaciente que emplean nuestras gentes del campo al dirigirse á personas de elevada condición. Mándese su merced apearse, añadió, y entró al rancho, de donde salió inmediatamente con una astilla de *ocote* encendido, para alumbrar al caballero.

Apeóse éste efectivamente, y mientras se quitaba el sombrero, la capa y las sobrebotas, que chorreaban agua, un mozo como de veinte años, hijo de la propietaria de la casa y tan negro como ella, que había salido á la puerta desde que los tres mastines se anticiparon á hacer al recién llegado la inhospitalaria acogida de que hemos dado cuenta, se apresuró á desensillar el caballo del huesped.

— Su merced ha hecho muy bien en venirse por acá, dijo la negra, levantando el *ocote* á la altura de la cara del viajero y dirigiéndole una mirada curiosa é investigadora ; porque la casa de la hacienda está lejos y la noche muy metida en agua.

— ¿ Y qué hacienda es esta ? preguntó el joven, ¿ quién es su dueño ?



— La hacienda se llama Santa Catarina, contestó la negra, y su dueño es mi amo D. Tomás.

— ¿Tomás de qué? preguntó el viajero.

— De Carranza, respondió la mujer.

— ¿Esta hacienda es de D. Tomás de Carranza? dijo el joven con alegría; pues es una fortuna para mí, pues mi padre y ese caballero son amigos íntimos, como lo somos también su hijo D. César y yo.

Al pronunciar la última frase, el rostro del desconocido manifestó una expresión tan extraña, que si su interlocutora, en vez de ser una infeliz y sencilla esclava, hubiese sido una persona habituada á los engaños del mundo, habría desde luego comprendido que aquella amistad de que se jactaba el caballero, estaba muy distante de ser sincera, al menos por su parte.

Quizá nuestros lectores habrán sospechado ya quién fuese ese falso amigo de D. César, á quien la casualidad había llevado á la miserable casa de una de las esclavas de Don Tomás de Carranza. Aquel caminante perdido en la oscuridad de la noche, no era otro que D. Fadrique de Guzmán y Alvarado, que habiendo tenido que hacer un viaje á Acajutla, por cierto negocio de su casa, extravió el camino, como queda dicho, y fué á dar al rancho de aquella mujer, que vivía en un extremo de la hacienda llamada Santa Catarina y situada á unas veinticinco leguas de la capital.

Bastó á la negra oír que el caballero era amigo de sus amos, para redoblar sus atenciones. Instóle á que entrara y se quitase la ropa mojada, para secarla al fuego; partió su pobre cena con el cansado y hambriento viajero; le ofreció dejarle la cama donde dormía ella y su hijo, y lo habría hecho como lo decía; pero D. Fadrique prefirió una hamaca de ovillo que estaba en un cuartito separado de la otra pieza únicamente por un tabique de cañas. Acomodóse en ella medio vestido, lo mejor que pudo, y la negra y su hijo se acostaron en la cama, con-



versando en voz baja, para no despertar al *españolito*, á quien pronto consideraron dormido.

Pero D. Fadrique, con todo y estar muy fatigado, no podía conciliar el sueño. Pensaba en Dña. Guiomar de Escalante, cuya indiferencia desdeñosa se le hacía más y más insoporable cada día, y pensaba también en su amigo D. César, quien más afortunado que él, veía correspondido su amor por Dña. Violante. El despecho y la envidia trituraban el corazón de D. Fadrique, y renovaba en su interior el propósito de vengar en su inocente amigo los tormentos que á él le hacía sufrir la suerte; designio que su perversidad le sugiriera hacía poco tiempo y que aun no había puesto en práctica por falta de ocasión.

Desvelado con tan malos pensamientos, D. Fadrique escuchaba la conversación de la negra y su hijo, pues aunque hablaban en voz baja, puede decirse que estaban en la misma pieza.

—Sí, decía la mujer, suspirando; como de la edad de este españolito sería ahora el niño que el amo D. Tomás me trajo para que le criara.

Aquellas palabras llamaron la atención de D. Fadrique y se propuso seguir el hilo de la conversación de sus huéspedes.

—¿Y era muy bonito, naná? preguntó el joven.

—Lindo como un ángel del cielo, contestó la negra. Seis meses le crié y le hubiera yo tenido hasta ahora; pero el amo vino por él, solo y de noche como lo había traído y se llevó al pedazo de mis entrañas. Fué una ingratitud del amo, porque yo no tenía otra criatura; tu hermanito había muerto hacía quince días y vos todavía no pensabais en nacer.

—¿Pero y si el amo no tenía tampoco? dijo el joven.

—Es verdad, contestó la negra, que mi señora no había tendido criatura; pero en aquellos mismos días quiso Dios que naciera el niño, que fué como milagro, pues hacía ya como cuatro años que estaban casados.



—¿Y el otro niño qué se hizo? preguntó el joven.

—Eso solo Dios y mi amo lo saben, respondió la negra, suspirando. Yo, como no volví á la ciudad, porque así lo mandó el amo, nunca más volví á ver al angelito.

Aquella conversaci3n fué una revelaci3n importante para D. Fadrique. Él habíá oído, por supuesto, alguna vez ciertas especies vagas sobre dudas de que D. César fuese efectivamente hijo de D. Tomás de Carranza y de su esposa; pero nunca habíá dado importancia á aquellos rumores. Lo que acababa de escuchar le ponía á la pista de un secreto de la mayor gravedad. Aquel niño llevado con sigilo por el mismo Don Tomás á aquel punto remoto de su hacienda, criado durante seis meses y conducido después á la ciudad por el mismo Carranza; la coincidencia de haberse verificado en aquellos mismos días el nacimiento de D. César, y por último la prohibici3n hecha á la esclava de ir á la ciudad, sin duda para que no tuviese ocasi3n de ver y reconocer en el supuesto hijo de Don Tomás y su esposa al niño que ella habíá comenzado á criar, eran motivos más que suficientes para que un hombre menos maligno que D. Fadrique, concibiese vehementes sospechas de una suplantaci3n. Recordando al mismo tiempo la circunstancia, que sabíá de pública notoriedad, de haber asegurado el nacimiento de un hijo de D. Tomás de Carranza la posesi3n de la cuantiosa fortuna de Balmaseda, D. Fadrique adquirió una certeza casi completa de que su amigo D. César no era lo que parecía ser.

—Es sin duda un bastardo, decía para sí, un hijo espurio, un usurpador de bienes ajenos. La casualidad ha venido á hacerme dueño de este secreto y es necesario aprovecharlo; pero de manera que en ningún caso pueda comprometerme. Imaginar algùn arbitrio de hacerle todo el mal posible, por medio de los que están directamente interesados en que ese misterio se esclarezca: he aquí cuál debe ser mi plan.

Rumiando aquellos malos designios, durmióse D. Fadrique,



y al siguiente día, muy temprano, sin darse por entendido de lo que escuchara la noche anterior y de que se proponía hacer tan mal uso, montó á caballo y, casi sin despedirse de la buena mujer que le había dado hospedaje, se marchó, llevando por delante al joven negro, para que lo condujese hasta el camino real. Una vez colocado en él, D. Fadrique despidió á su guía y no tardó en reunirse con sus criados, que lo buscaban bastante cuidadosos. Al siguiente día llegó á su casa y comenzó á combinar el plan que había de emplear para arruinar á su amigo. Extrañaráse acaso aquella gratuita malevolencia; pero por desgracia no puede negarse que hay hombres cuya perversión de ideas y de sentimientos es tal, que los lleva á hacer daño, sólo por el placer secreto que encuentran en el mal ajeno. Los reptiles venenosos de nuestras costas hincan el diente al dormido caminante que no los hostiliza y los malvados como aquel D. Fadrique escupen su veneno sobre sus semejantes, sin distinción de amigos ni enemigos. Son los *cantiles* y *corales* de la raza humana.

Después de mucho meditar sobre lo que le convendría hacer para llevar á efecto su inicuo proyecto, Guzmán resolvió poner el asunto en manos de alguno á quien pudiese interesar la adquisición de aquel secreto, procurándose así la satisfacción de hacer el mal, y además alguna otra ventaja que podría proporcionarle tan importante revelación. Decidióse, pues, á abocarse con D. Silvestre Alarcón, el fiel y celoso cajero mayor de D. Diego de Padilla, y le envió á decir le aguardase una noche en el escritorio, pues tenía que tratar con él un asunto de la mayor gravedad. Don Silvestre señaló la noche y la hora en que podían verse.

Tenemos, pues, al anciano, cuyo carácter, ideas y procedimientos conocen ya perfectamente nuestros lectores, sentado, junto á la mesa del escritorio, frente á frente de aquel mozo, que si no cede al otro en su perversidad precoz, no puede desconocerse que le es muy inferior en el atrevimiento y en la



sangre fría, y sobre todo en la experiencia, esa maestra del hombre, que así suele servir para el bien como para el mal, según la naturaleza del terreno en que cae su fructífera semilla.

Don Silvestre y D. Fadrique apenas se conocían de vista; así es que las ideas y el carácter del uno, eran completamente desconocidos para el otro. Cuando de D. Silvestre se fijó detenidamente en aquellas facciones irregulares y fuertemente acentuadas, en aquel rostro repugnante y maligno, en el cual se dibujaban los rasgos de un carácter apasionado y cruel, sin dejar de sentir cierta aversión por el individuo, comprendió desde luego que un hombre que revelaba aquellas condiciones, no podría dejar de ser de grande utilidad en un caso dado. Don Fadrique observó también á D. Silvestre; pero no pudo leer en aquella fisonomía inmóvil como una máscara de mármol. Había, digámoslo por conclusión, una diferencia esencial entre Alarcón y Guzmán: el primero aceptaba el mal y se servía de él fríamente, sin complacencia y sin temor, cuando convenía á sus intereses; el segundo procuraba el mal por un instinto depravado; se complacía en él, aun cuando no le reportara utilidad alguna. Solo Dios sabe cuál de esas dos almas encerraba mayor perversidad; pero de todos modos, aquellos dos hombres habían nacido para comprenderse y completarse.

---